

EL
HORIZONTE
DE
KEOPS



JUAN IGNACIO VELASCO MONTES



Colección: Tiempo de Piramides
www.nowtilus.com

Título: El horizonte de Keops
Autor: © Juan Ignacio Velasco Montes

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3^o C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-363-5
Fecha de publicación: Mayo 2007

Printed in Spain
Imprime: GraphyCems
Depósito Legal:

A Cachito,
mi esposa y socia en esta aventura,
por seguir ayudándome
a pesar del paso del tiempo
y de los imponderables,
permaneciendo unidos por la idea
de que la felicidad es un trayecto
y no un destino.
Con todo mi amor.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar, en primer lugar, las gracias a todos los lectores que, con su acogida, nos han permitido continuar con la presente serie histórica sobre el Imperio Antiguo, Dinastía IV.

En segundo lugar, agradecer a Don Pedro Alonso y Don Agustín González, de la distribuidora Logintegral S.A.U. 2000, por su labor y esfuerzo en mantener la obra al alcance del gran público por toda la geografía patria. Y también por la próxima distribución, ya en marcha, allende el Atlántico, en los países hermanos. Estos ya hace tiempo que vienen solicitando la posibilidad de su lectura, acción que se encuentra dificultada por la distancia. Sin embargo, un cierto número de ejemplares han llegado allá transportados por viajeros que traían el encargo de hacerse con ellos. Y este aspecto ha incrementado la demanda al conocerse por Internet y por el habitual «boca a boca», detalles de la obra.

También quiero dar las gracias al Instituto de Estudios del Antiguo Egipto de Madrid (I.E.A.E.) por su ayuda en la localización y verificación de datos reales sobre algunos de los personajes verdaderos que aparecen a lo largo de esta obra y algunos detalles sobre acciones y situaciones que se relatan a lo largo de la misma.

Y finalmente, agradecer a la Editorial Nowtilus, y más en concreto a su director Don Santos Rodríguez, la acogida y edición de esta obra y el cariño puesto por él y su equipo en la presente edición.

Marbella, enero de 2007.

PRÓLOGO

En los últimas décadas, el mundo de habla española se ha visto incrementado con un sinfín de títulos que, sobre el mundo siempre mágico del Antiguo Egipto, han pretendido aproximar al público entusiasta, esta milenaria cultura, que protagonizó una de las páginas mas brillantes de la civilización universal.

Muchos han sido, y son, los autores que, desde diferentes puntos de enfoque vienen cumpliendo la noble tarea de acercar al publico actual, una sociedad que, aparentemente tan distante de la nuestra es, en muchos aspectos, muy semejante a la del siglo XXI. Finalmente, los procesos civilizadores tuvieron y tienen el mismo sujeto común: el hombre. Este, con sus aciertos y sus derrotas es quien, finalmente crea y destruye imperios. Al término, siempre ha sido el hombre el protagonista y el paciente de la historia.

El Egipto del rey Jufu, (Keops) vio probablemente una sociedad que el lector reconocería fácilmente como la suya.

Bajo el nombre genérico de *Tiempos de Pirámides*, el autor, el Dr. D. José Ignacio Velasco, nos sorprendió primero con *El faraón Snefru* (Málaga 2004), siendo un gran éxito de ventas. A este primer libro, le siguió *El faraón Keops* (Granada 2005), con el mismo triunfo arrollador. Ahora nos vuelve a sorprender con esta nueva obra, bajo el título de *El horizonte de Keops*, a la que auguramos el mismo éxito que han tenido las precedentes.

Durante toda la dinastía IV la organización social creada en la época tinita llegó a su máximo esplendor y desarrollo. Sería la era de las grandes pirámides, aquella en la que el proceso civilizador egipcio alcanzaría uno de sus cénits. Aquel fue el momento mítico en el que volvería a mirarse la milenaria historia egipcia cuando una y otra vez, las reiteradas crisis la pusieran al borde del abismo.

La dinastía IV gravitó alrededor del gran Keops, hijo y sucesor de otro mítico monarca: Esnefru, y de las mujeres relacionadas con el anterior. Nombres míticos como la reina Hetep-Her-es o sus esposas y hermanas, Meryt-It-es y Henut-Se, dan vida en la pluma del Dr. Velasco a esta saga de personajes de los que se sabe muy poco a través de los restos documentales históricos que nos han llegado.

Pero, sin embargo, el reinado del mítico rey Keops se nos antoja como ya sucedió a sus paisanos egipcios del Imperio Medio, un tiempo de heroísmo y fuerza modelado bajo la poderosa influencia de su rey. Al fin y al cabo, Keops fue un hombre con todas sus grandezas y sus miserias. Pero, si Keops fue un soberano que estuvo presente a través de toda la historia de Egipto, incluso en época de Herodoto, ello debió ser porque su fama imperecedera atravesó los siglos de la mano de su gran obra, la Gran pirámide. ¿Quién no ha sucumbido a su embrujo?: La Gran Pirámide es Keops, aunque de él no poseamos sino un muy pequeño retrato.

Y el Dr. Velasco reafirma una vez más la seguridad del lector cuando, paseando por las páginas de, este, su nuevo libro, le propone sus tesis a propósito de cómo pudieron ser los acontecimientos, incluso los más entrañables, que nunca nos desvelarán los restos de los documentos históricos.

El autor, como si de un biógrafo se tratara, nos relata detalladamente los ambientes íntimos de los palacios, de los templos y de las calles egipcias. Pero, y esto es, probablemente, lo más meritorio, nos ofrece el análisis de los perfiles psicológicos de los sujetos, de las ambiciones y de las pasiones que entretejen la trama que se desenlaza con este tercer volumen sobre el reinado de Keops.

¿Realidad recreada o meritorio ejercicio de ficción histórica? Es el lector quien debe decidir el dictamen final. Lo que resulta innegable es que el creador de esta saga de relatos acredita un profundo conocimiento histórico y arqueológico del periodo, pues sin esta sólida base, el intento habría estado destinado al fracaso.

Soy testigo de excepción de los esfuerzos y trabajos realizados por el Dr. Velasco, quien ha visitado personalmente en numerosas ocasiones los desiertos y ruinas de Egipto para recuperar esos retazos espirituales que todos los reyes y los integrantes de la nobleza, el clero y el pueblo llano dejaron aquí y allá, impregnando el aire de los mitos que aún respiramos.

Es seguro que mi buen amigo José Ignacio ha interrogado a las piedras, mudos testigos del pasado, para obtener de ellas las respuestas secretas no relatadas a nadie y que ahora él nos vuelve a entregar en las páginas de este apasionante libro.

Por ello, invito a los lectores a sumergirse en este apasionante relato del que no seré yo quien desvele las claves, pues esa es una aventura que concierne exclusivamente a dos: al autor y a su lector. Solo revelaré que al término de este viaje por la historia del reinado más destacado de la Dinastía IV, que el Dr. Velasco ha preparado para nosotros, todos los que lo hayamos compartido soñaremos un poco más con los fabulosos tiempos del mítico rey Keops, como si de los relatos del Papiro Westcar, se tratara.

Madrid, 17 de febrero de 2007.

Teresa Bedman.

Del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto.

Co-Directora de la Misión Arqueológica Española

Proyecto Sen-en-Mut. Luxor. Egipto.

INTRODUCCIÓN

No han pasado aún dos años desde que el primero de los volúmenes de esta saga, *Tiempos de pirámides. El faraón Snefru*, viera la luz. Han sido dos años en los que las noticias sobre Egipto, y los nuevos descubrimientos sobre esta gran civilización se han sucedido e incrementado de forma clara y con una amplia difusión por los medios. Un año después, más o menos en las mismas fechas, el segundo volumen, *Tiempos de pirámides (2). El faraón Keops*, hacía irrupción en el mercado y recibía igualmente una gran acogida.

Egipto, su historia, su civilización, su misterio, su cultura, atrae cada vez más a un público que desea ver y leer algo diferente. Y es que Egipto es distinto. Y lo es de una forma que no tiene nada que ver con otras civilizaciones, que también atraen a un turismo curioso e interesado. Son personas deseosas de salir de la rutina de unas ciudades llenas de humo, vidrio y hormigón para vivir la aventura de conocer e introducirse en una cultura que no tiene parangón con nada,

Día a día, el número de visitantes a Egipto, el «País de las Dos Orillas», aumenta de forma clara. Son viajeros de todo el mundo. Y es curioso constatar que el número de españoles se ha incrementado de tal manera en la postrera década, que en los bazares, como Khan el Khalili, o el de Bab el Louk, no solo se habla en español en una gran proporción de tiendas, sino que hay publicidad y ofertas en español. Ello indica el inusitado interés de nuestros compatriotas por esa civilización. Interés que no era excesivo no hace muchos años, pero que

ha sido captado por los nativos y se nos muestra con una gran acogida. Lo que ocurre es que los egipcios actuales, siguen siendo, como en el Antiguo Egipto, un pueblo acogedor con sus visitantes.

España ya no es una desconocida en Egipto. Misiones como el Proyecto Sen-En-Mut, en Deir El Bahari, Luxor, son ya un exponente del buen hacer español a nivel de la arqueología egiptológica. El techo astronómico descubierto por esta misión española, está considerado como el más antiguo del mundo. Este proyecto, ya en su tercer año, es llevado a cabo por el Instituto de Estudios del Antiguo Egipto de Madrid (I.E.A.E.) coloca a Teresa Bedman y a Francisco Martín Valentín en primera línea entre los egiptólogos españoles y hermanados con los del resto del mundo.

Quiero dar, en primer lugar, las gracias a todos los lectores que, con su acogida, nos han permitido continuar con la presente serie histórica sobre el Imperio Antiguo, Dinastía IV.

En segundo lugar, agradecer a Don Pedro Alonso, Don Agustín González y Don Javier Valverde, de la distribuidora Logintegral S.A.U. 2000, por su labor y esfuerzo en mantener la obra al alcance del gran público por toda la geografía patria. Y también por la próxima distribución, ya en marcha, allende el Atlántico, en los países hermanos. Estos ya hace tiempo que vienen solicitando la posibilidad de su lectura, acción que se encuentra dificultada por la distancia. Sin embargo, un cierto número de ejemplares han llegado allá transportados por viajeros que traían el encargo de hacerse con ellos. Este aspecto ha incrementado la demanda al conocerse por Internet y por el habitual «boca a boca», detalles de la obra.

También quiero dar las gracias al Instituto de Estudios del Antiguo Egipto de Madrid (I.E.A.E.) por su ayuda en la localización y verificación de datos reales sobre algunos de los personajes verdaderos que aparecen a lo largo de esta obra y algunos detalles sobre acciones y situaciones que se relatan a lo largo de la misma.

En este, el tercer volumen, prosigue el desarrollo iniciado en el primer libro, con la vida del rey Snefru y la juventud del entonces príncipe Keops. Acción que se continúa en el segundo volumen con el inicio de la vida del recién coronado rey Keops. Actividades que prosiguen en el presente tercer libro narrando la segunda mitad de la vida del rey Keops, el constructor de la Gran Pirámide de Gizeh.

Keops es un rey pragmático, y a la vez problemático, al cambiar una serie de normas preestablecidas. Su enfrentamiento con los sacerdotes de algunos dioses, le va a granjear escasa simpatía entre algunas castas sacerdotales. Keops continua, aunque más agresivo y con mayor extensión, la política iniciada por su padre, el rey Snefru y, a pesar de los imponderables con el clero, sienta las bases e inicia una civilización que habrá de durar más de 3.000 años.

Este rey hizo un gran esfuerzo para la mejora de su país y también, todo sea dicho, en su propio interés. Bajo su dirección se inició una gran organización administrativa, la creación de unas manifiestas infraestructuras, la formación de especialistas de todo tipo, desde escribas a arquitectos. Paralelamente se formó un extenso funcionariado para poder controlar la construcción de su gigantesca tumba, de sus templos alto y bajo separados por una gran calzada. Así, hizo esculpir la famosa «Esfinge de Gizeh» y terminó muchas otras obras. Todo ello fue la simiente del alto nivel que alcanzaría esta civilización en los siglos posteriores.

Sí, ha leído bien: la «Esfinge de Gizeh» fue realizada por Keops. Para alguno el leer esto puede producir un cierto asombro; pero así fueron los hechos en tan lejano pasado. Sobre este extremo, aunque durante muchos años se ha dicho y repetido, de forma casi mecánica e impensada, que la hizo su hijo Kefrén, para muchos autores de gran prestigio, esto no parece ser cierto. En la actualidad, una gran —o al menos cierta— proporción de estudiosos la consideran, basados en muchos detalles muy reales y comprobables, como una de las obras del rey Keops.

Así, en el capítulo 10 del libro: *Tesoros de las Pirámides*, editado por White Star Publisher, 2003, podemos leer en el citado capítulo, cuyo título es: «Las pirámides de la IV Dinastía», firmado por alguien de tanta categoría como Rainer Stadelman, en las páginas 112 a 138, toda una serie de datos que justifican nuestro aserto. En él encontramos, entre otras, la siguiente afirmación:

«Al este, situada más abajo en el valle y cerca de su palacio, Keops mandó esculpir una de las mayores estatuas jamás creadas, la Gran Esfinge, reconocida hoy como una auténtica obra maestra de Keops. La tradicional atribución de la Gran Esfinge a Kefrén, no tiene base arqueológica, epigráfica ni estilística, por el contrario, todas las pruebas apuntan firmemente a Keops.»

Y siguen toda una larga serie de estudios sobre las razones en la que una gran mayoría de autores coinciden en este aspecto, como son, sucintamente: la conformación del rostro, la carencia de barba real, los detalles del pañuelo de cabeza, el Nemes y sus pliegues, la forma de las orejas y otros muchos aspectos en los que no voy a insistir, pero que ahí están y el estudioso puede constatar.

Sin embargo, todo sea dicho, otros autores opinan, en mi opinión demasiado gratuitamente y sin más pruebas que siempre se ha dicho que era así: que la esfinge forma parte del complejo de Kefrén.

En este tercer volumen, en el que culmina la vida de este gran rey, prosiguen las acciones civiles y militares paralelamente a la vida familiar, como son las relaciones con sus cuatro esposas y sus numerosos hijos. Nos enfrentamos, además, tanto a los viajes, las guerras y los entresijos políticos de la corte, como a las maniobras de las familias de sus esposas para conseguir poner como heredero del puesto de rey a alguno de los príncipes de sus estirpes. Son unos príncipes que, al crecer y vislumbrar el poder, luchan entre ellos. Y así, al mismo tiempo se narran otros centenares de hechos y situaciones a lo largo de la vida de este gran rey. Y son estas circunstancias, sembradas en el pasado, las que van a dar lugar en el futuro a las vicisitudes que se irán presentando en las vidas de los sucesivos reyes. Acontecimientos que serán plasmados en los siguientes volúmenes que, posiblemente en el número de ocho, completarán la saga de la Dinastía IV, (2575-2465 a.C.) dentro del Imperio Antiguo.

En el siguiente volumen a este, el cuarto: *Tiempos de pirámides* (4). Los reyes Kawab y Djedefre, estos dos reyes marcan un período breve en el tiempo real de aquel lejano momento, pero es una etapa de la historia rica en luchas intestinas familiares y otros muchos problemas en las relaciones internas y externas del país. Pasada esta etapa de transición, el inexorable paso del tiempo dejará abierto el camino al reinado de otro gran rey, Kefrén, cuya vida y acciones se relatarán en el quinto volumen: *Tiempos de pirámides* (5). El rey Kefrén. Este rey, un gran soberano, se va a enfrentar también con situaciones nuevas. Es un momento de rápidos cambios, de una problemática diferente, pues la tecnología de la piedra y el cobre evoluciona con rapidez y los múltiples contactos con los países limítrofes,

hacen que, tanto la vida como el desarrollo técnico, se desenvuelvan aceleradamente.

De nuevo dar las gracias a los lectores, a los distribuidores y al I.E.A.E. por sus aportaciones y consejos, pues sin estas ayudas, esta saga no podría haber sido escrita y editada.

Marbella, enero de 2007.

CAPÍTULO I

«La amistad es un comienzo desinteresado entre iguales.»

Oliver Goldsmith, 1728-1774.

1

El mar va cambiando lentamente de color conforme el amanecer, escasamente insinuado, llena con su alborear la tranquila superficie. La figura, apenas visible, que duerme sobre unos sacos de cereales al lado de la borda de babor, se agita y se alza lentamente. Queda mirando con tranquila curiosidad el desdibujado contorno de una lejana costa que difícilmente se aprecia debido a la neblina; una bruma deshilachada y tenue que no logra atravesar la incipiente luz, pero puede apreciar el escaso avance que ha realizado la nave a lo largo de la noche. Conoce la costa y calcula que apenas si han rebasado la ciudad más cercana a Egipto: Ascalón. Quedan, si todo marcha bien —se dice—, mas de tres días para alcanzar Tanis, su punto de destino.

Mirando la gran vela de sucio lino que les impulsa, puede observar que el viento es flojo y apenas si infla ligeramente la tela que cuelga de la verga superior. Asomándose a la borda de sotavento, eleva el faldellín y alivia su vejiga llena por una noche en la que ha dormido profundamente.

En la otra borda, un grupo de egipcios duerme profundamente. Lo hacen bajo la vigilancia de un nubio de gran tamaño que permanece erguido y con la espalda apoyada en el interior de la amura de estribor. En todo momento, ha podido observar siempre cómo los

ojos del enorme negro recorren la nave en una permanente alerta. Hace varios días que los vigila con disimulada curiosidad y empieza a llegar a conclusiones. Es consciente que toda la caterva de hombres que lo forma, no son sino acompañantes del mozalbete que siempre permanece rodeado y protegido por ellos. Esta actitud le lleva a una conclusión: el tranquilo muchacho debe ser una persona de cierto nivel. Pero no ha tenido ocasión de contactar con él. Observa que, cada día, un egipcio de edad media, no solo no se separa de él, sino que durante horas hablan, leen tablillas y papiros y el joven escribe bajo la constante mirada de los que le rodean. Ha apreciado el gran interés que pone el muchacho por aprender. Le calcula unos catorce años o poco más. Es la edad en la que todavía los chicos tienden más a jugar que a serios estudios. Ha advertido igualmente que con frecuencia recorre el barco acompañado por otro de sus servidores que le explica con interés detalles de la nave. Los diálogos entre ambos son animados y el mozalbete pregunta y toca cuidadosamente aspectos del navío, como su estructura y sus cordajes. En un par de ocasiones ha subido hasta la cofa y con frecuencia habla con el capitán que le trata siempre con una gran deferencia.

Mientras la luz se aclara por momentos disipando la neblina que lo envuelve suavemente todo, el observador pasajero saca de una bolsa un poco de comida y bebida que engulle con manifiesto apetito. En la otra borda el nubio que vigila mira el cielo y, levantándose, agita a uno de los egipcios. Su fino oído le permite captar lo que le dice cuando este despierta:

—Señor, está amaneciendo. Es hora de despertar a todo el grupo.

—Vamos a hacerlo.

Y momentos después todos ellos se encuentran dedicados a diversas actividades. Uno desaparece por un momento y vuelve con un cubo de agua que el joven utiliza para lavarse cuidadosamente. Mientras tanto, otro nubio del grupo ha preparado un refrigerio para todos.

Desde la otra borda, en total quietud, aparentando estar dormido, el viajero observa el ceremonial con el que se inicia el día y que es idéntico al de los días anteriores. La exactitud de la disciplina, la repetición de los mismos actos, sin órdenes y con una precisión que, le recuerda lo que ha visto en los templos entre los sacerdotes y, en los cuarteles entre los militares, le incrementa, todavía más, una

curiosidad que le mantiene vigilante e interesado desde que partiera de Biblos. Es un misterio que le gustaría desentrañar, mas no ha tenido la menor opción a ello. El grupo, distante y aislado, no parece verle en ningún momento. Apenas ha recibido unos gruñidos como respuesta a sus saludos del primer día, por lo que no ha vuelto a intentar ningún acercamiento.

Con el amanecer y la aparición distante pero manifiesta del sol, la vida en el barco se restablece como cada alba. Hay un inmediato cambio de turno entre los que han estado de servicio por la noche. Un marinero baja de la cofa y otro inicia de inmediato la escalada para sustituirlo, trepando por una maroma. Cuando casi alcanza el extremo del bieldo que soporta la verga con la vela, la cuerda de esparto por la que asciende se rompe y el marinero cae desde lo alto sobre cubierta. Duro y curtido, el marinero apenas se queja, pero se levanta con dificultad. Tiene un brazo apuntando al cielo y no consigue bajarlo.

El viajero ha observado el acontecimiento y de inmediato sabe lo que sucede. Otro marinero acude al lado del caído y trata de moverle el brazo. Desde el sitio en el que se encuentra, en un reflejo irrefrenable, grita:

—¡No, no lo toques! Le ayudaré yo. Lo he visto hacer una vez.

Todo queda paralizado en la cubierta. El viajero se aproxima al que permanece en el suelo, todavía aturdido y sus manos recorren con rapidez el brazo y el tronco e indica perentoriamente:

—¿Quién me puede ayudar? Tiene que ser alto y fuerte.

De inmediato uno de los nubios del grupo egipcio se adelanta y acude a su lado haciendo un gesto de saludo y ofrecimiento. El jovenzuelo que tanto le interesa ha seguido al miembro de su grupo y queda observando para ver bien lo que se va a hacer.

—Yo puedo ayudarte.

—Eres fuerte y alto. Lo harás muy bien —indica aceptando la ayuda con una discreta sonrisa.

—¿Qué puedo hacer?

—Cógelo por la mano, por la muñeca y tira de ella hacia arriba tratando de elevar el cuerpo de la cubierta.

—Te entiendo —y con rapidez coge al herido por la muñeca con sus dos manos y empieza a alzarlo lentamente.

El viajero, actúa con rapidez aprovechando la elevación. Sus manos mueven el cuerpo, agitándolo ligeramente, y palpando la zona de la

axila. Con un chasquido audible, el cuerpo se estremece con un pequeño salto del brazo hacia arriba y el marinero gruñe aliviado. Han sido unos escasos minutos en todo el suceso, desde la caída hasta la solución completa.

—Que traigan un trozo de vela vieja o un trozo de tela —indica perentoriamente.

Momentos después, en medio de la observación de los marineros y de los escasos viajeros que hay en el barco, le coloca el brazo sobre el pecho y lo envuelve en unas frazadas de tela que le inmovilizan el miembro superior.

El capitán acude a su lado y le agradece su actuación. A escasa distancia, el mozalbete le observa con ojos escrutadores y un intenso brillo en la mirada. Todo vuelve a la normalidad tras unos momentos de conversaciones que han roto, por unos instantes, la frialdad habitual en la nave.

El viajero, discretamente, se retira a su rincón habitual y, momentos después, observa que el mozalbete acude a su lado lleno de curiosidad y le espeta:

—¿Quién eres?

—Un viajero...

—Quería decir. ¿Quién, y qué eres?

—Soy un aprendiz —responde enigmático.

—Aprendiz... ¿De qué?

—De todo.

—¿De todo? ¿Qué es todo? ¿Qué quieres decir?

—Que nunca sé, ni sabré, lo suficiente. Que siempre querré saber más y más de todo. Mi sed de saber es inagotable, como lo es el agua del mar.

—Pero tú eres un sunu, un médico.

El misterioso y lacónico viajero no contesta aunque mira intensa y descaradamente a los ojos al muchacho. Este, en unos momentos, nota que una corriente de simpatía le invade y sabe que puede confiar en el recién conocido. Con un gesto conminativo aleja a los dos nubios que permanecen a su lado atentos a la conversación.

—Y tú, ¿Quién eres? —Le espeta el viajero invirtiendo las tornas.

El mozalbete sonríe al comprender que lo que desde hace días desea está a punto de convertirse en realidad. Desde el primer momento se ha fijado en el silencioso viajero y ha observado que

está pendiente de ellos, mas le han dicho que no haga amigos durante el viaje. Sin embargo, la ocasión le ha mostrado que debe aprovechar la situación para satisfacer su curiosidad. Haciendo caso omiso a los gestos que le hacen su mentor y también su profesor, responde con aplomo:

—Me llamo Merib. Quiero ser marino. Este es mi primer viaje por mar después de más de un año de estudios en la escuela naval de Tanis. Y tú... ¿Quién eres?

—Me llamo Humupep y soy un aprendiz. Mi padre era egipcio y mi madre era siria, de muy lejos de aquí. Vengo a Egipto a aprender todo lo que pueda.

—Pero tú eres médico. Lo he visto por tu forma de actuar.

El viajero acepta con su silencio y un gesto ambiguo en el que se encoje de hombros como si nada fuera importante para él.

—Yo he nacido en Menfis y me gustaría ser tu amigo. ¿Es posible? —Indica el jovenzuelo, espontáneamente, con una sonrisa al tiempo que el tono de su voz advierte que tiene costumbre de imponer su criterio.

—La amistad no se pide, se gana. ¿Sabrás hacerlo?

Merib sonrío abiertamente. Con decisión apoya su mano en el hombro de Humupep al tiempo que le mira directamente a los ojos en un claro deseo de ser aceptado. Humupep mantiene la mirada por un momento antes de aceptar. Ha podido leer en el fondo de los ojos del muchacho su nobleza y los deseos sinceros de ser admitido en su mundo.

—Creo que sí, que podemos ser amigos. Ven, siéntate a mi lado y hablemos —le indica el viajero al tiempo que, cogiéndolo por el brazo, lo lleva hasta la zona en la que se encuentra su exiguo equipaje.

Y ambos se sientan sobre los sacos de grano que hay pegados al interior de la amura de babor. A escasa distancia los dos nubios, los guardaespaldas del mozalbeta, no le pierden de vista y tratan de escuchar la conversación. Sin embargo, esta llega hasta los oídos de los dos medjays incompleta e ininteligible.

—Tú eres una persona importante en Menfis o en algún otro lugar. ¿O estoy equivocado?

Merib queda en suspenso por unos instantes. Su personalidad, su estatus en la casa real, le han indicado que no debe revelarla a nadie.

Pero para el muchacho, Humu pep, es más que nadie. Ha notado, desde el primer momento, que la simpatía hacia él es superior a lo que nunca ha tenido por cualquiera de las muchas personas que conoce. Es por ello que, tras un titubeo, inicia la conversación con seguridad.

—Sí, es cierto. Soy de una familia importante de Menfis. Pero eso no importa ahora. Quizá, cuando nos conozcamos mejor, te diré quién soy. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Ahora solo contamos tú y yo. Lo demás no es importante. —Indica Humu pep.

—Para qué preguntarnos quienes somos. Debemos conocernos antes.

—Estoy de acuerdo pues no tengo intereses oscuros. Era solo una observación que me has confirmado. No me importa quién eres; sí, por el contrario, me interesa cómo eres.

—Ahora... ¿Quién eres tú realmente? Y sí, estoy interesado en saberlo.

—Ya te lo he dicho. Aprendiz de todo y maestro de nada.

—¿A qué vienes a mi país?

Humu pep sonríe antes de, agitando la cabeza, exponer:

—También lo he dicho: ¡vengo a aprender cuanto pueda!

—Es cierto sí, que lo has dicho. Soy yo el que es un misterio para ti. Te seré sincero... —indica dubitativo— aunque rompo todas las prohibiciones que he aceptado.

—Puedes confiar en mí. Pero te aconsejo que nunca confíes en nada, ni en nadie, incluso si te dicen lo que te estoy diciendo.

—Sí; mas... ¿Cómo saber cuándo sí y cuándo no confiar en alguien?

—Es algo que se aprende con el tiempo. Eso es la experiencia, y, a pesar de todo, uno se equivoca con frecuencia. Por ello te aconsejo: ¡nunca confíes en nadie!

—¿Puedo confiar en ti?

Humu pep hace un gesto ambiguo abriendo las manos que muestran su impotencia para contestar y añade:

—Veo que no has captado lo que te estoy explicando.

—Sí, lo he entendido. ¡Solamente yo debo tomar la decisión de confiar o no, basado en la intuición y las sensaciones profundas de simpatía, aspecto, y demás! Y..., y aún así, quieres decir que me equivocaré muchas veces al juzgar a los demás. ¿Es eso?

—¡Sí! Eso es.

—Me arriesgaré contigo. Confío en ti desde que subí a la nave. Me gustó tu modo de comportarte, tu forma de andar, tu rostro de persona noble, y ahora hablando sigo notando la misma sensación de afecto hacia ti. He apreciado que nos miras con curiosidad, que no pierdes detalle de lo que hacemos. ¿Es así?

—Es verdad. El hecho de que seas observador es algo muy importante y te será de gran ayuda en la vida —acepta y sentencia el sirio.

—Sí, soy observador desde muy pequeño, al menos eso me han dicho y eso creo.

Merib queda en silencio por unos momentos al ser interrumpido por el sirio.

—Te agradezco tu confianza. No diré que confíes en mí, pues ya lo estás haciendo. Ahora, pregunta o explica lo que quieras.

—Te diré quien soy. Soy hijo del anterior rey, Snefru, que ya se ha reunido con su Ka. Mi madre es la esposa real Meritites, segunda esposa del actual rey Keops.

Humupep no pestañea. Algo en su interior le había preparado para algo así. Solo una persona muy importante puede llevar un acompañamiento y escolta como la que lleva el muchacho.

—Eres una persona muy importante, pero nunca se sabrá por mí. Ahora bien, como soy nuevo en este país, tu país y no sé nada sobre él, salvo lo que me ha contado mi padre antes de morir, ¿puedes decirme lo que ocurre en este momento?

—Sin duda te será útil, casi tanto como haberme conocido. Yo te abriré todas las puertas que necesites en Kemi.

—Te lo agradezco, mas sabré buscar solo mi camino.

—Lo sé. Pero ganarás tiempo si te oriento en ese trayecto. Y..., como sabes, el tiempo pasado no se puede recuperar.

—Tienes razón. Aprovecharé tus consejos y haré uso de tus amistades.

—El actual rey, Keops, lleva once crecidas en el poder, desde que murió mi padre. Yo tengo casi quince crecidas del Nilo y se me considera adulto. Llevo bastante tiempo en la Casa de la Vida de Heliópolis, donde he aprendido cuanto puedo aprender de casi todo lo que corresponde a mi edad. Ahora, volveré a Tanis para hacerme marino y en el futuro poder llegar a ser un jefe de la flota kebenit.

—¿Qué es la flota kebenit?

—Son el conjunto de barcos militares que protegen a Kemi y a las otras flotas de naves egipcias en el Gran Verde.

—Entiendo.

—¿Cuántas naves son?

Merib mira a su interlocutor entrecerrando los ojos y, como si no hubiera oído la pregunta, prosigue:

—Serán unos años duros de estudio y de hacer de todo en los barcos antes de que me confíen el mando de uno.

Humupep sonrío ante la discreción del muchacho y le hace un comentario:

—Eres ya un adulto por tu conocimiento y la forma de comportarte. Has hecho muy bien en no darme información del número de barcos. Puedes confiar en alguien, pero ese tipo de datos no te pertenecen y, por tanto, nunca des lo que no sea tuyo.

—Estoy de acuerdo. El actual rey, mi padrastro Keops, es un gran hombre y un gran rey. Para mí es como el padre que no recuerdo. Está haciendo una pirámide enorme, una gigantesca estatua y muchos templos por todo el país, además de los que hará en su pirámide.

—¿Y de eso que opinan los que tienen que trabajar?

—Todos los habitantes, menos una cierta parte de los sacerdotes, le consideran el mejor rey que Kemi ha tenido hasta ahora. Esos pocos hierofantes le consideran un traidor, un hereje y cosas peores.

—¿Porqué?

—Ha puesto cada cosa en su sitio. A los sacerdotes de muchos templos les ha obligado a retornar al Estado todo el exceso de riquezas que han acumulado a lo largo de cientos de años. Esos caudales se están empleando en obras por todo el país, pensando en el futuro.

—Comprendo que hacer cosas ayuda a muchos, a la mayoría, sin embargo molesta a otros..., casi siempre a unos pocos.

—Sí, debe ser así pues ya ha tenido que desterrar a muchos importantes sacerdotes que creaban problemas.

—¿Y qué más cosas puedes contar?

—El rey Keops tiene, en la actualidad, tres esposas, y más de media docena de hijos principales. Una de sus esposas, la que fue su segunda esposa, llamada Nefertkau, murió a los pocos días de tener su segundo hijo, la princesa Nefermdat. Eso llevó a mi madre a pasar a ser la segunda esposa del rey.

—Pero eso te hace heredero de la corona si fallecieran los otros hijos.

—Sí y no. He renunciado a ello cuando el rey ha dicho que se haga una mastaba, una gran tumba, cerca de su pirámide, para mí.

—¿Y por eso renuncias?

—Sí. Cuando el rey te regala el terreno para una mastaba, un sitio en el que se construirá tu tumba, y se empiezan las obras, te está diciendo que no quiere que tú puedas ser el rey.

—¿Y siempre se le obedece?

—Siempre debes hacerlo, aunque algunos hacen como si no lo hubieran entendido. Y siguen luchando, él y su familia, para conseguir el poder.

—Y... ¿Hay mucha lucha en la corte entre tus hermanastros, primos y los parentescos que haya con posibilidad de llegar a ser rey?

Frunciendo el entrecejo, con un gesto muy característico en él, Merib tarda unos instantes en responder:

—Sí, hasta hace poco eran las familias las que luchaban en la sombra. Mas ahora, como ya tienen edades en las que empiezan a comprender lo que pasa, y... ¡todo está cambiando! —asevera Merib.

—Y... ¿La situación se vuelve confusa?

—Pues sí, ya han empezado los enfrentamientos entre ellos y se han creado grupos.

—Y tú, ¿qué piensas de ello?

—Me siento feliz de irme a Tanis. Así no tendré que estar siempre pendiente de que me puedan asesinar, sufra un extraño accidente, me envenene una comida o penetre, casualmente, por la noche una cobra en mi habitación. Estoy seguro que ninguno de ellos quiere ser marino y la envidia no se orientará hacia mí.

Humupep hace un gesto de aceptación al muchacho comprendiendo lo que quiere decir y aprecia el sentido práctico que hay detrás de su postura. Y no puede por menos que hacer un comentario:

—Muy adecuado. No tienes derechos de primera fila y haces bien en estar lejos de esas luchas. Si el tiempo o las circunstancias te llevaran a la corona, no tendrías enemigos en ese momento. Aunque... empezarías a tenerlos al poco tiempo de ser coronado, como ocurre siempre.

—Sí, así es —Acepta pensativo Merib—. Sin embargo, te seguiré contando cosas que pueden interesarte.

Merib hace un alto mientras se acomoda en los sacos de grano y su mirada se pierde por unos momentos en la vasta extensión de agua verdosa que les rodea. Humu pep le observa en silencio, sin interrumpir. Alzando las cejas le anima a seguir.

—Keops, yo lo llamo así, ha creado tropas especiales que protegen las fronteras; ha hecho sólidos fuertes defensivos en las fronteras y cerca de las ciudades, y en las zonas en las que puede haber peligro de invasión.

Humu pep permanece en silencio, sin dar señales de sorpresa.

—Ha formado un buen ejército, no demasiado numeroso, pero bien preparado y con buenas armas. Lo ha hecho con tropas de distintos sitios, con lo mejor que existe en soldados.

—Una idea muy buena. ¿Están contentos?

—Sí, los soldados viven muy bien. La mayoría tienen esposa, hijos, y estos viven en poblados cerca del puesto militar en el que trabajan.

—Muy adecuado. Empiezo a pensar que Keops es un sabio. ¿Y la marina, en la que tú vas a pasar tu vida?

—La marina crece por días conforme se van terminando nuevos y enormes barcos que permiten una navegación más segura por el Gran Verde. Los barcos egipcios son los mejores que hay, junto con los de los «piratas del mar», en el Gran Verde.

El visitante hace una señal de asentimiento e invita al muchacho, con un claro gesto, a proseguir al tiempo que pregunta:

—¿Y cómo son las relaciones con los países limítrofes? Por lo que sé, ese puede ser el gran problema de tu país.

—El rey lo tiene más que previsto. Hay acuerdos con los nubios, al sur, aunque..., de vez en cuando hay que morderles en el cuello. Hay problemas con los habitantes nómadas del Sinaí y, también, con otras tribus del norte, que hacen que cada varios años los egipcios les invadan y dejen todo resuelto por un tiempo.

—¿Y al oeste? ¿Qué tal os lleváis con Chemeh?

—Hay tranquilidad total al oeste, pues tiene acuerdos con el país más grande y peligroso que es Libia. Una de sus esposas, la tercera, Nubet, era una princesa chemehu.

—¿Una esposa de Libia?

—Sí, así es. Ella, junto con mi madre, son las dos esposas favoritas del rey y ambas se llevan muy bien, pues ambas son muy inteligen-

tes. La otra esposa, la primera, Henutsen, es todo un problema. No ella en sí, algo tonta y carece de ambición, pero si lo es su familia. Esta y las docenas de familias de importantes que se han unido a ella, no solo en Menfis, sino en otros nomos del norte y del sur, han creado un grupo verdaderamente peligroso. Quieren que el primero, el segundo o el tercer hijo de la primera esposa, sea el futuro rey.

—Eso es lógico —acepta Humu pep.

—Aunque soy joven, hay algo que aprendí hace mucho tiempo: «no hay nada lógico en la corte egipcia» —sentencia el muchacho en una clara demostración de madurez que no pasa desapercibida para su interlocutor.

—¿Qué es lo que puede no ser lógico?

—¡La voluntad de Keops! El rey puede designar, dentro de unos límites de familia, al que quiera que le suceda. Aunque..., siempre entre los que tienen derecho a ello. Y los que tienen ese derecho pueden ser algunos más que los hijos de la primera esposa.

Humu pep hace un gesto de asentimiento al tiempo que indica:

—No conozco la forma de sucesión de vuestro país y no puedo opinar. Seguro que vosotros sabéis más que yo.

—Yo soy un candidato muy lejano y, además, no quiero ser rey. Mi ambición es otra: deseo ser el jefe de la flota Kebenit, el «Gran Almirante», y me estoy preparando desde niño para ello. El rey me dijo que si alcanzaba el nivel adecuado, él mismo me ayudaría y me dio el terreno para mi tumba, en la llanura de Gizeh, cerca de donde se está construyendo su «Casa para la Eternidad». Ambas manifestaciones me descalifican para ser rey.

—Salvo que no hubiera más remedio. Eres hijo de rey y de madre, dos veces, esposa de rey.

—Sí. Pero hay pretendientes con más derechos que yo.

—¿Son muchos?

—Sí, muchos —y recita diversos nombres que el visitante apenas puede captar—. Están: Kawab, Khufu-Khaf, Djedefre, Hordjedef, Minkaf, Kefrén, Babaef, Horbaef y aún hay algunos más con derechos similares a los míos, aunque todavía son muy pequeños.

—Sí, es obvio que tienes algunos por delante. ¿Qué tal se llevan entre ellos?

—La mayoría casi ni se hablan, en los últimos años. Cuando empiezan a ser mayores y a entender lo que ocurre, ya hace tiempo

que las familias los han empezado a preparar para tener un futuro como rey.

—Comprendo —acepta pensativo Humupeg.

—Y, desde que descubren sus derechos, empiezan a discutir, a hacer alianzas entre ellos, de tal manera que al final todos están enfadados y no se hablan.

—Y a ti, ¿para qué te han instruido?

—A mí me han educado para marino. Desde pequeño es lo que más me gusta. No quiero vivir como ellos, siempre con miedo a sufrir un misterioso accidente, como ya le ha ocurrido a alguno.

—Haces bien, dedícate al mar, si es lo que deseas. Serás el «Gran Almirante» como es tu sueño y deseo.

—Y también hay una larga lista de princesas. Mis hermanastras son Hetep-Heres, como su abuela, y Meresankh, en honor a la madre del rey Snefru. Otras princesas con derechos de sucesión por vía femenina son: Nefermdat, hija de la fallecida Nefertkau, y Nefertia-bet, hija de Henutsen. Todas ellas tendrán que ser esposas de esos príncipes para poder llegar al trono.

—¿Te unirás a una de esas princesas?

—No —indica con decisión Merib— no me preocupan las mujeres, al menos de momento. Algún día encontraré la mujer que me guste. El unirme a una de ellas reforzaría mi posición, pero aumentaría las inquietudes y tendría enemigos entre los príncipes. Esa no es mi idea.

—Sí, me imagino que debe haber muchas tensiones en el palacio. Me parece bien que pienses en ser marino y llegar a un cargo importante. Al ser hijo del rey Snefru e hijastro del actual rey tienes muchas posibilidades de llegar a ese puesto de Almirante.

—No quiero conseguirlo de ese modo. Debo llegar a él por mis méritos. Entre mis ideas hay una muy clara, aunque para los de fuera pueda parecer absurda: nadie es más que nadie, ni tampoco menos.

—Lo harás. Recuerda siempre que el conocimiento es poder. Y tú sabes todo lo necesario para llegar a tener poder.

—Sobre ese aspecto también sé algo: El poder se tiene, lo que no es mi caso; se recibe, lo que es posible pero solo si me lo merezco y, finalmente, lo que le ocurre a muchos: nunca se llega a tener.

—¿Has tenido muy buenos profesores? ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Mi madre se ocupó, desde pequeño, de prepararme muy bien. Y he sido un buen alumno en la «Casa de la Vida» en la que estudié.

—Agradece siempre a tu madre lo que hizo por ti. No todos tienen la misma suerte.

Merib acepta con un breve movimiento de hombros y se asoma a la borda pues está escuchando unos chapoteos poco habituales. Unos delfines siguen a la nave, saltando a escasa distancia. No es una visión infrecuente, mas para Merib, que es la primera vez que puede contemplarlos, es toda una sorpresa que le mantiene sin perder detalle durante un largo rato hasta que los mamíferos desaparecen súbitamente.

—¿Los habías visto antes de ahora? —Inquire Merib.

—Sí. Aunque soy de tierra adentro y sé muy poco del mar, este no es mi primer viaje.

—¿Qué harás cuando llegues a Menfis? —pregunta súbitamente el joven.

—Buscaré un sitio en el que hospedarme. Un sitio en el que pueda leer, escribir y vivir a gusto..., pues eso me preocupa más que comer y dormir.

—Comprendo. ¿Me aceptas que te dé alojamiento en el palacio?

—¡Oh, no! No quiero que tengas que hacer nada especial para mí. Apenas si nos conocemos.

—¡Ya! Es decir..., ¿qué renuncias a conocer al rey y a otros personajes de la corte que te pueden abrir un futuro como nunca habrás soñado?

—No quiero causarte molestias. Olvídame, ya me las arreglaré. Si casi no nos conocemos...

—Pues no. Tú no me conocerás a mí, por lo que dices, pero yo sí te conozco a ti y sé que serás muy válido en la corte. El rey decidirá lo que debes hacer. Yo me ocuparé de ello antes de llegar a Menfis.

Humupep acaba aprobando, sin mostrar demasiado interés, la oferta con un encogimiento de hombros. Acepta en su interior que lo que le ha ocurrido supera, con mucho, sus más atrevidos sueños y deseos para su estancia en la corte egipcia. Sin padres, con el oro que ha obtenido de la venta del patrimonio familiar, en el norte de Retenu, su idea es instalarse en Menfis y aprender todo lo que pueda de los médicos egipcios. Y después seguir viajando por otros sitios en

los que pueda aprender de medicina y de otras muchas cosas. Acepta que su curiosidad es insaciable. Comprende que en su mente campea siempre un qué y un porqué, que no le dejan un momento de reposo. Hay muchos aspectos que no ha podido aprender en algunos de los muchos países que ha visitado, en los postreros años, con idéntica intención.

—Gracias. He de reconocer que tu oferta es muy interesante y me permitirá ganar tiempo para empezar a aprender. Mas..., recuerda siempre que...«lo que se obtiene fácil no hace mejorar tu carácter».

Ahora es Merib quien le mira con un gesto irónico al tiempo que comenta:

—¿Solamente ganarás tiempo? Yo creo que dejas muchos aspectos fuera: prestigio, amistades, posibilidades fuera de lo común y un centenar de aspectos más. Todo lo que vas a recibir en escaso tiempo, sería casi imposible que pudieras conseguirlo sin mi ayuda. ¿No crees?

—Tienes razón. Aceptaré agradecido todo lo que me puedas proporcionar.

—Bien, ahora soy yo el que quiere recibir de ti. Cuéntame, cuéntame cosas de las tierras que conoces. Hazlo sin prisas, con detalles, cuanto más sepa de todo, más posibilidades tendré de llegar a ser el jefe de la flota egipcia. Cuenta. Por favor... ¡soy también, como tú, muy curioso!

El viajero se remueve sobre los sacos de grano, acomodándose. Enfrente, Merib hace lo mismo, otra vez.

—Verás... tengo veintitrés años, crecidas, como decís aquí. Nací muy lejos, en Assur. Es una ciudad que se encuentra a la orilla de uno de los dos grandes ríos que hay muy al norte y al este de aquí. Son ríos tan grandes como el que me han dicho que hay en tu país, pero allí son dos que se unen, según dicen, muy al sur. Yo he visto los dos, al norte, cuando venía hacia acá.

—Sí, he oído hablar de ellos, son grandes, anchos y se puede navegar por ellos, tal como hacemos en el Nilo. Sus nombres son...

—Tigris, el que estaba al lado de la ciudad en la que nací y por tanto el más distante de aquí, y...

—Eúfrates, el más cercano —le interrumpe Merib.

—Es verdad, así les llaman. Prosigo, empecé a estudiar en una...

Y los dos inician una conversación que solo se interrumpirá para dormir y que se prolongará hasta la llegada a Tanis.

2

Cuando la nave arrumba a Tanis, la amistad entre Merib y Humu pep ha quedado consolidada de forma clara. El muchacho ha escrito un papiro que, tras ser leído por el sirio, le entrega enrollado y sellado con resina. Ambos se miran y hablan por unos instantes antes de que el grupo egipcio baje del barco.

—Haz todo como te he dicho —indica, un tanto conminativo, Merib.— Ya sé que, como me ocurre a mí, no te gustan las ayudas, pero hay que aceptarlas, sobre todo en tu caso, que no deseas poder, sino conocimiento, aunque esta sea poder.

—Así lo haré. Me presento en palacio y digo que quiero hablar con Aberkare pues le traigo un mensaje de Merib. ¿Es así?

Merib lanza una carcajada antes de apostrofar:

—¿No es muy difícil? ¿Te acordarás dentro de dos días?

Ahora es Humu pep el que responde con sorna:

—Yo sí, pero..., ¿recordarás tú alguna de las cosas que te he contado y que te podrán ser útiles?

Merib frunce el ceño, hace un feo gesto infantil, y se aleja sin volver la vista hacia su amigo que ha quedado apoyado en la borda y le ve alejarse mientras sonríe. Sabe que su duda sobre la memoria del muchacho ha irritado ligeramente a este, como pretendía para lograr que recuerde sus consejos.

Mientras el barco descarga sacos de grano, piezas de madera y ánforas de vino y vuelve a cargar otros objetos, Humu pep baja al saliente de maderas y piedras que hace de muelle y pasea sin alejarse. Sabe que la parada va a ser de un mínimo tiempo y no quiere que el barco zarpe sin él y pueda perder todo lo que lleva a bordo. En un puesto, apenas unas tablas y un trozo de sucio lino que lo protege del sol, compra pan con especias, dátiles y bebe una cerveza que encuentra más espesa y sabrosa que las que acostumbra a beber en su país. La ha bebido a través de un tubo curvo de cobre por el que chupa. Es la primera vez que ha podido ver algo así para beber y, una vez más, acepta que en Kemi va a encontrar muchas cosas que no conoce. Comprende que esa es una de las muchas razones de su viaje.

Mientras pasea puede observar el paso de los barcos y contemplar algunos que hay abarloados en distintos puntos de la orilla del río. Desde el lugar en el que se encuentra puede ver, no muy alejada,

la ciudad. El diseño y la altura de las casas, los grandes barcos estacionados en el muelle, el suelo allanado y la anchura de las calles es lo mejor que ha visto en su largo peregrinar de país en país. Comprende que es muy posible que, si todo sale bien, sea el final de sus viajes y solo tenga que completar con información los innumerables «¿qué?», que llenan su cabeza en una infinita sucesión de preguntas.

Los gestos del capitán del barco, le sacan de su abstracción y le hacen apretar el paso hacia este. En la nave se está disponiendo todo para zarpar. Con el fresco viento del norte a favor y la ayuda de los remos, la nave se separa de la ribera y pone rumbo al sur, luchando contra la débil resistencia de una mínima corriente. Son unas fechas en las que el río tiene el caudal muy bajo y las marcas de nivel, unos primitivos nilómetros de madera clavados en la orilla con burdas muescas, muestran casi todas las marcas al aire, por lo que el río no opondrá mucha resistencia al avance.

Cuando se encuentra al lado del capitán, la nave ya está despejándose del borde y varios marineros recogen los cabos y hacen rodelas con ellos.

—¿Cuándo llegaremos a Menfis? —inquire con fingida curiosidad como si realmente le importara.

El capitán le mira alzando las cejas y adivinando que lo que quiere es hablar y sonsacarle información.

—Cuando el viento nos lleve. ¿Qué quiere saber?

—Eres muy directo. ¿Cómo es la vida en Menfis? ¿Le importa contarme cosas de allá?

El capitán da órdenes antes de contestar. Está pendiente de las maniobras pero murmura entre dientes en medio de los gritos que lanza a los marineros que corretean por la cubierta.

—Dentro de un rato hablamos.

Y la nave va adquiriendo velocidad hasta situarse en el centro del ancho brazo del río que discurre con amplios meandros hacia el sur. Después, ambos, como han quedado, se sientan en un rincón del castillete de proa, por delante de la gran vela, e inician una larga conversación que, con frecuentes interrupciones, se va a prologar durante los tres días que tardarán en alcanzar Menfis.

El río se prolonga en una sucesión de meandros, bajíos que el capitán tiene que evitar, y noches anclados a la espera de otro lumi-

noso amanecer. Al tercer día, poco después de reiniciar la marcha, y tal como ha pronosticado el comandante de la nave, están llegando a la capital de Kemi.

—Señor —indica el capitán a un Humupep que descansa distraído sobre los sacos de grano en los que ha establecido su residencia mientras navega.

El sirio frunce las cejas y se gira hacia el puente con una clara interrogante en la mirada.

—Detrás de esas lomas, empezaremos a ver Menfis.

Y Humupep se alza y se apoya en la amura de estribor pues sabe que «La ciudad de la Muralla Blanca», «La Balanza del Doble País» no se encuentra a babor del río, como es lo habitual, sino en el lado contrario. Durante un rato la nave se desliza, trazando un meando y, súbitamente, la gran ciudad, la mayor urbe de Kemi, queda a la vista. Para el sirio es un espectáculo inusitado. Nunca ha visto nada igual a lo largo de sus viajes.

Menfis, en el transcurso de la postrera docena de años, ha cambiado notablemente. Las obras de ampliación del palacio, iniciadas con el ascenso del rey Keops al poder, terminaron hace muchos años. Otros trabajos posteriores, de mayor amplitud todavía, han convertido a Per-Aa, «La Gran Casa», el palacio en el que vive el rey, en un emporio de edificios, jardines y una amplia avenida con cipos y estelas que le une a Hat-Ka-Ptah, el templo dedicado al dios Ptah, el patrón de Menfis.

Han empedrado más calles con lanchas que facilitan la deambulación. Se ha construido un gran puerto, ampliando el antiguo, añadiendo un nuevo ramal que une el palacio con el Nilo mediante un amplio canal artificial que llega hasta un lateral de Per-Aa, el enorme edificio en el que se encuentra la corte.

La ciudad, en sí misma, se ha transformado de una forma espectacular. La cercanía de las grandes obras, que se realizan en la llanura de Gizeh, ha atraído a una gran cantidad de gente. Cada día se necesitan más y más personas para ocuparse de la enorme maquinaria estatal que lo controla todo. Docenas de escribas, centenares de artesanos, sacerdotes y funcionarios recorren la ciudad en un constante flujo que cumple cada día con las funciones que se le van encomendando. La administración egipcia es meticulosa. Lo vigila todo y escribe cada detalle, cada cambio y nada se deja al azar o a la memo-

ria de un funcionario. Hay un dicho que aprende el escriba desde su más tierna infancia: «lo escrito es ley».

La continua llegada de naves, con alimentos y toda clase de materiales y personas que provienen del norte o del sur, son una inmutable constante. Es ese movimiento que no cesa, y crece cada día, lo que mantiene y convierte a Menfis en una urbe cosmopolita. Es una ciudad en la que se hablan numerosos lenguajes. Los diferentes vestidos y peinados ya no llaman la atención como antaño. A la capital de Kemi se la ve crecer por días. Hay una ampliación de la urbe que va ocupando el terreno que hace años desecara, según cuentan las añejas y arcanas crónicas, un rey milenario y misterioso, un rey-dios al que los sacerdotes llaman Narmer. Es un crecimiento paulatino que empieza a invadir el desierto colindante.

La llegada al puerto de una nave no llama la atención. Es una más de las que llegan o se marchan cada día. Solo un pasajero desciende de ella. Con un exiguo equipaje, dos sacos de cuero curtido que porta en cada mano, se dirige hacia el interior de la metrópoli con paso lento, pero decidido, callejeando hasta alcanzar una casa de dos plantas en la que penetra.

Humupep habla con una mujer madura que hay en el interior.

—Me han dicho que podría quedarme aquí. ¿Es así?

La matrona le observa, por unos instantes, como si tratara de evaluar al recién llegado. Al cabo, con voz ronca, mostrando unos dientes gastados por la arena a lo largo de los años, responde:

—Es un disco de cobre a la semana. Y no damos comida. ¿Cuánto tiempo va a estar?

—No lo sé... puede que mucho o solamente unos días.

La mujer se encoge de hombros y le acompaña a un cuchitril en el que apenas hay una yacija, un taburete y una jarra que no contiene agua. El recién llegado deja los morrales en un rincón y de una bolsa saca un pedazo de cobre que le entrega. La dueña lo mira, lo sopesa y hace un gesto afirmativo y, a la par que sale distraída, le indica:

—Hay un patio donde puede hacer de todo. Y se aleja rengueante.

Humupep organiza con rapidez sus cosas. Hace calor y viene sucio del viaje. Se dirige al patio y con total desparpajo, se desnuda y se lava con el agua de un pilón y las cenizas mezcladas con arena que hay en una piedra con una concavidad. Se frota y casi no tiene tiempo de secarse pues el sol y la temperatura lo hacen de inmediato.

Lava la ropa sucia y colocándose un faldellín de fina lana siria, con extraños dibujos, retorna a su tabuco. Poco después sale para hacer un recorrido, que le permita conocer la ciudad, antes de iniciar otras gestiones.

3

El rey Keops, como cada día, se ha levantado al alba y se dispone a iniciar su trabajo. Ya no es el mismo de años atrás. Ha engordado y su rostro se ha ensanchado. Una mandíbula cuadrada indica con claridad su personalidad y fuerza de voluntad. Un vientre ligeramente prominente muestra que el paso del tiempo ha dejado su impronta en él. Pero se mantiene ágil y activo. Con voz potente, llama:

—¡Aberkare!

El antiguo marino, al que el sol y el tiempo han dejado marcadas huellas en su rostro en forma de marcadas arrugas que se hunden profundamente en la piel, no tarda en penetrar en la sala.

—¿Señor?

—¿Qué tenemos previsto para hoy?

—Nada. Dijiste, hace unos días, que queráis ir a Gizeh.

—Si lo dije, pero..., cada día se me hace más pesado ir para ver la lentitud con la que crece mi «Casa de la Eternidad».

—Señor, hace más de una estación que no vais por allá. Han debido subir muchas hiladas, por las noticias que tengo, desde que no la veis.

—Sí, es cierto. Saldremos en unos días.

—Como os parezca. ¿Para cuando?

Keops se rasca la frente por un momento y al cabo, enderezándose, indica.

—Nos iremos mañana muy temprano, organízalo todo. Como siempre poca gente y nos quedaremos uno o dos días antes de regresar.

—Bien señor, así lo haré. Si me lo permitís, quisiera volver a preguntaros si deseáis que continúe la obra de vuestra estatua en Gizeh. Está parada desde hace mucho tiempo.

—No. De momento no. Desde que murió el escultor que la hacía... ¿Cómo se llamaba?

—Teperre, señor.

—Desde que Teperre y su hijo se cayeron desde lo alto y su hijo se volvió loco del golpe tras el accidente, he perdido la ilusión de terminarla. Quizá más adelante.

—Cuando digáis. Tengo la persona que puede continuar la obra, solo hay que decirle que siga con ella...

—Ya te lo diré, hay mucho tiempo para ello —interrumpe el rey, al que el tema parece no gustarle.

—Bien, señor. Tenéis muchas cosas que hacer. Os parece que nos pongamos a hacerlo.

—Sí, trae todo y empecemos con ello.

Aberkare sale por uno momento y al rato vuelve con un montón de papiros en la mano. Ambos se sientan y el secretario desenrolla el primero de ellos.

—Señor, debéis autorizar que traigan madera desde Retenu. Queda muy poca para los barcos y otras obras que se están haciendo. Los almacenes se están quedando con muy escasa cantidad.

—Que vayan veinte barcos por ella.

—Bien señor. Tenéis que decidir a quién vais a nombrar como arquitecto jefe del templo de On. Desde que murió el anciano Hersef, el puesto se encuentra libre.

—¿Quién os parece adecuado?

—Creo que Tenzo sería adecuado. Tiene unas limitaciones, para andar e ir a las obras, que le tienen confinado en palacio y apenas sale. En On, enseñando, sería más útil y es de vuestra confianza total.

—Sí, haz el nombramiento y avisa a Ankh-Haf para que se lo indique y marche a la Casa de la Vida de On. Creo que allí nos será muy útil y no tendrá que sentirse triste de no poder ir a las obras de los templos ni de mi tumba.

—Así lo haré hoy mismo.

Y ambos, durante toda la mañana, con una continua entrada y salida de secretarios y mensajeros, van despachando toda una serie de problemas que el cada vez más indolente Keops ha dejado acumular. La prematura muerte de su esposa Nefertkau, pocos días después del segundo parto, la superó sin dificultades. Sin embargo, la posterior muerte de la reina madre, Hetep-Heres, una madre con la que

siempre había mantenido unas relaciones inmejorables, la sintió profundamente. Aunque su muerte ocurrió a una avanzada edad y ha discurrido bastante tiempo desde entonces. El hecho le ha dejado una profunda huella en su carácter.

Pero, más adelante, toda una concatenación de sucesos desagradables ha hecho que la personalidad del rey se altere de forma manifiesta, perdiendo una gran parte de la alegría que siempre le caracterizaron. El descubrimiento del saqueo de la tumba de su madre, le sumió en una depresión y malhumor que duró un cierto tiempo. Los sacerdotes del Templo de Ptah y sus mejores amigos se han ocupado de todo. Creen haber engañado al rey sobre la desaparición de la momia de su madre y de la expoliación del sarcófago. Sin embargo, el rey lo sabe aunque hace como si el sarcófago sellado que le han mostrado no hubiese sido violado.

El traslado de los restos del contenido de la tumba allanada, incluyendo el ataúd sellado a una nueva tumba, un escondite difícil de encontrar y próximo a su pirámide, le tranquilizó por un tiempo. Más adelante, el descubrimiento y la detención de los ladrones de la tumba y la drástica decisión de ejecutarlos, contra su modo de pensar, volvió a causarle una nueva situación desagradable. Toda la serie de graves sucesos, como los sospechosos accidentes, con muertes, de algunos de sus hijos, enfrentamientos entre las familias de sus esposas y otros hechos ocurridos sucesivamente en poco más de cuatro crecidas, han cambiado a un rey, alegre, activo y voluntarioso, convirtiéndolo en una persona lenta, apática y pensativa.

Y de nuevo, dejando a un lado muchas de sus obligaciones de rey, ha vuelto a sus reuniones con los magos, a sus extraños viajes y es frecuente su desaparición durante días, a veces largas temporadas, en los subterráneos del palacio, donde estos tienen sus cubiles, o fuera del palacio, en incursiones a wadis u oasis, con escasa compañía.

La abandonada obra de alquimia, en la que trabajaba cuando era príncipe, está siendo de nuevo atendida por Keops y los tres magos que aún permanecen a su lado. Hace años que Harata, el mago hindú, ante la ausencia del rey por los sótanos en los que trabaja, y ante la soledad a la que se veía sometido, decidió marcharse y lo hizo sin avisar a los otros tres magos. Cuando a Keops se le comunicó la noticia, algún tiempo después, solo un leve fruncimiento de cejas demostró que se había enterado. Desde aquel momento, Keops ha

vuelto con ellos más en una forma de huir de la cotidianidad del trabajo en la corte, que por un verdadero interés en su antiguo modo de vida al lado de los magos. Sin embargo, la vuelta al contacto con un tema que siempre le ha apasionado, ha conseguido devolverle en gran parte una alegría de vivir muy disminuida.

Solamente las actividades de Aberkare, el marino hecho secretario y amigo personal del rey, y de Velep, el eficiente amanuense elevado al rango de escriba personal del rey, han logrado controlar las situaciones y ocultar las ausencias, a veces largas, del soberano. Para ello, en ocasiones consultando y, en otras, tomando decisiones con presteza y acierto, han logrado que la rueda administrativa del país no se paralice ni las ausencias reales sean algo más que unos amortiguados rumores dentro del palacio.

Sin embargo, desde hace cierto tiempo, el rey ha empezado a ocuparse un poco más de sus funciones. A sus espaldas, en un esfuerzo de voluntades, Meritites y Nubet, por un lado, y sus arquitectos, secretario y escriba, por otro, han ido logrando que Keops vuelva la vista hacia sus obligaciones y, lentamente, está retornando a ser lo que, como rey, fuera antaño.

Al final de la mañana, cuando llevan horas llenando papiros y haciendo toda clase de nombramientos, ceses y cambios, Keops se despereza de forma manifiesta antes de preguntar, cansado:

—¿Qué más hay pendiente?

—Muchas cosas, señor. Tenéis que decidir los nombramientos de los dos generales que, en las postreras estaciones, se han ido a reunir con sus Kas.

—Sí, es cierto. ¿Eran Inotep y...? —Keops tarda unos instantes en traer el nombre a su mente. Mas el nombre se le resiste y hace un gesto a Velep.

—Rahomet, señor. Ambos os acompañaron, cuando erais príncipe en la guerra con Nubia.

—Sí, eso lo recordaba perfectamente y actuaciones posteriores con ellos. La muerte de Inotep, era muy mayor, la entiendo. Pero Rahomet era mucho más joven...

—Sí, algo más joven, mas solo eran cinco crecidas menos que Inotep. Pero llevaba mucho tiempo imposibilitado por una obstrucción de los canales internos de su cuerpo. Ambos pasaban de las cincuenta crecidas del Hapi Nilo.

—Sí, es cierto. El tiempo pasa, nos devora, nos consume, y solo la eternidad podrá cerrar esa conciencia del pasado —filosofea Keops mientras sus acompañantes permanecen callados.

—¿A quien os parece que nombremos para sustituirlos?

—Haz nombramientos para Renetep y Metufer. Y otro, de General Jefe de todos los arqueros, a Netbef. Los tres tienen méritos suficientes desde hace mucho tiempo. ¡Ah! Quiero que vengan a hablar conmigo.

—Así se hará señor.

Y todavía, durante un buen rato, los tres permanecen reunidos, resolviendo problemas que les llevan detenidos mucho tiempo. Aberkare y Velep se hacen un gesto a espaldas del rey indicando su alegría de que este vaya, lentamente, volviendo a ocuparse de sus cometidos.

4

Los arquitectos Hemiunu y Ankh-Haf siguen manteniendo la dirección de todos los «Trabajos del Rey». Pero Hemiunu, de edad avanzada, con dificultades respiratorias y para caminar, ha ido delegando sus funciones a pie de obra en los arquitectos más jóvenes.

Tenzo, también limitado por una artrosis temprana, ante sus dificultades para moverse, por el irregular y duro desierto, se queda como ayudante del arquitecto jefe. Ambos, con la ayuda de otros alumnos más jóvenes venidos de On, hacen los planos y las previsiones de las necesidades de las obras. Este grupo, del que van saliendo algunos hacia las obras, cuando Hemiunu lo considera oportuno, realiza todo el trabajo sin salir de la zona de palacio que está dedicada a los arquitectos. De los primeros que ha enviado como ayudante de Ankh-Haf ha sido Jetep, el hijo del tallista que hizo al rey una pequeña estatuilla de marfil que desde hace tiempo tiene en su salita.

Hemiunu es consciente que su vida se acaba. Está obeso y es un gran comedor y bebedor de cerveza y vino. Como consecuencia de su situación física, se ha vuelto muy comodón y se encuentra, manifiestamente, medio ciego. Liberándose de las molestias de acudir a las obras, dedica toda su atención, con la ayuda de varios arquitectos, a resolver los problemas que las ingentes obras plantean cada día.

Ankh-haf, delgado, ágil y muy activo es realmente, en la práctica, el que hace las funciones de arquitecto-jefe de todas las obras de Kemi. Es el que las visita y ordena los cambios y las nuevas etapas, pisando la arena y dejando su sudor sobre ella. Muchos obreros y capataces con los que habla en los zagueros tiempos, ni siquiera saben de la existencia de Hemiunu. Para muchos de ellos, los más antiguos en Dahshur y, posteriormente, en Gizeh, es más un recuerdo, un nombre perdido en la arena de los tiempos, que una realidad.

—Señor —interrumpe Jetep a Ankh-Haf—se está acabando la hilada treinta y cinco...

—¡Te he dicho cien veces que no me llames señor!

—Sí, es cierto, no me acostumbro a llamarle de otra manera.

—Pues hazlo. ¿Qué ibas a decir?

—Quiero decir que las dificultades son cada vez mayores conforme subimos cada hilada.

—Eso lo sé hace tiempo; pero no se me ocurre nada para resolverlo o facilitar el trabajo. Solo a base de fuerza se puede resolver la subida de los bloques hasta su sitio en la hilada.

—Es lo que quería decir —indica Jetep—. Se necesitaría cambiar algo en el sistema de trabajo que llevamos...

—¿Qué es lo que cambiarías? —inquire Ankh-Haf sorprendido por una cuestión que para él no tiene otra opción.

Jetep carraspea y se rasca la tonsurada cabeza a través de la pieza de lino, con cierta forma, que le cubre la cabeza y la nuca del potente sol. Tiene una clara sensación de inseguridad y ridículo al tener que exponer la idea que lleva madurando un cierto tiempo. Es una idea tan sencilla, tan elemental, que debe haber algo que él no percibe y que hace que los demás la desechen.

—Es la manera de subir las piedras. Arrastrándolas con narrias se necesita mucho esfuerzo y hay que hacer grandes y largas rampas de arena y cascotes.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y que podrías cambiar?

—Elevarlas con cuerdas, apoyando los bloques en troncos colocados sobre las caras de la pirámide. Estos troncos, untados con grasa, facilitarían el resbale del bloque al subir, en vez de ir rozando y golpeando en cada hilada, que es por lo que no se está usando ese sistema.

—Creo que captó la idea. Pero debe haber algo que no percibimos en este momento —acepta poco convencido Ankh-Haf.

—Además..., lo veo así, en cada cara se podría disponer de dos o tres sitios para subir bloques. Eso ahorraría tiempo con respecto a lo que estamos haciendo.

—No lo veo. Haz unos dibujos y así quizá, si la idea es buena, podremos cambiar todo el sistema. Luego me lo explicas.

—De acuerdo, los dibujos los tengo hechos, y los cálculos de la resistencia y el número de cuerdas necesarias, así como los sistemas de tirar de estas con seguridad y el menor esfuerzo.

—Ya me lo explicarás. Y..., además de cuerdas, ¿qué más sería preciso?

—Necesitaremos mucha madera, y muy fuerte, para hacer largas palancas... —indica con la seguridad que va recuperando, poco a poco, el tímido Jetep.

—Esta noche lo vemos. Ahora vamos a ver la dificultad que, nos han comentado, existe en el inicio de la cámara baja.

—Ya sé lo que ocurre, y es que...

Y ambos ascienden por una de las rampas que llevan hasta la superficie plana, que se eleva muchos metros sobre el nivel del suelo, y en cuya superficie se muestran las entradas, grandes espacios sin rellenar, de lo que serán las cámaras interiores de la pirámide cuando esta se acabe.

5

Humupep, el sirio recién llegado a Menfis, lleva varios días recorriendo Menfis hasta tomarle el pulso a la urbe. Ya sabe cuánto tiene que saber sobre ella y ha dejado de ser un forastero. Al atardecer, de vuelta de los barrios más apartados de la ciudad, decide que la mañana siguiente será el momento adecuado para llevar a cabo la propuesta que, durante el viaje, le hiciera el príncipe Merib.

Al amanecer, caminando con tranquilidad, es consciente de que no tiene prisas pues el tiempo es joven para él, el sirio llega hasta la entrada de Per-Aa. Los centinelas, cruzando las cortas lanzas, le cierran el paso.

—¿Adónde crees que vas? —le interroga el de más edad.

—Quiero ver a Aberkare.

Uno de los soldados penetra y, al momento, sale acompañado por un superior.

—¿Con quién quiere hablar? —Le interroga mientras lo contempla con curiosidad no exenta de respeto.

Humupep, para ir al palacio, se ha puesto las mejores galas que posee. Es un traje de colores llamativos, con un faldellín largo y una pieza que le cubre, parcialmente, el pecho y la espalda. Es una ropa escasamente vista en Egipto por lo que llama la atención y, al mismo tiempo, le abre las puertas pues no saben quien pueda ser. El hecho de hablar como un nativo todavía les sorprende un poco más. Con un gesto de cortesía, el sirio responde.

—Quisiera hablar con Aberkare. Traigo para él un escrito del príncipe Merib.

—¿Me lo puede enseñar?

Humupep saca de un pliegue del faldellín, el breve royo de papiro sobre en que se ven dos vueltas de la cinta azul que lo sujeta y un trozo doble que cuelga con el sello de resina vegetal en el que se adivina el cartucho de Snefru. El oficial lo mira por unos instantes antes de devolverlo con total consideración.

—Lo siento, señor. Aberkare salió esta mañana muy temprano con el rey hacia Gizeh. Y solo el rey sabe cuándo volverán.

—Ya volveré otro día pues, tengo muy claro, que cuando un día termina, empieza otro —y haciendo un gesto de saludo con la cabeza, se encamina parsimoniosamente hacia la ciudad.

El sirio regresa a su alojamiento con una decisión tomada. Si ha de esperar, no es forzado que tenga que perder el tiempo. Ya sabe dónde se encuentra Gizeh y la distancia que hay hasta la meseta en la que se está construyendo la gigantesca obra de la que todos hablan. Irá hacia allá y así podrá ver lo que se está haciendo. Compra comida, un pellejo con agua y un largo bastón de sicómoro. Ha decidido ir a ver la magna obra de la que todo el mundo habla en Menfis. Humu-pep es un gran caminante. Una gran parte de su vida ha discurrido en constantes viajes y estos los ha tenido que hacer a pie, salvo algunas etapas en barco o, excepcionalmente, en asnos y onagros.

Al inicio de la mañana se encamina, con paso regular y constante, ascendiendo hacia el oeste con el sol a su espalda. Sabe que su

sombra, durante horas, le indicará con claridad el camino. Mas, al poco tiempo de salir, va alcanzando a caminantes que, como él, llevan la misma dirección. Y además, a lo lejos, desde los pequeños oteros que salpican el camino, se pueden contemplar la gran concentración de piedras, los humos de las cocinas y el hormigueo de personas que pululan en la lejanía.

Abierto y agradable, Humupep hace amigos de inmediato y los aprovecha para intentar informarse de todo aquello que le interesa. Pero en poco tiempo puede comprobar que los obreros con los que marcha, no saben nada que no sea su pequeña parcela de trabajo, aspecto que a él no le preocupa. Sí puede apreciar el cariño y el respeto que todos muestran por el rey. A lo largo del camino, desde la lejana Siria, ha escuchado toda una serie de noticias sobre Egipto que la realidad le está mostrando que eran falsas, erróneas, o tan absolutamente inexistentes como tendenciosas.

La noche le sorprende a escasa distancia de su meta. Se introduce entre unas dunas y con el palo a mano, decide descansar hasta el amanecer. Come y bebe del contenido de la bolsa que cuelga a su espalda. Mientras lo hace observa como, en el cielo, como un gotear, las estrellas se encienden, una a una, compensando los postreros estertores de la luz del sol. Y en breve tiempo se ha dormido sin temor a nada. Sabe que su sueño es muy ligero y que siempre ha tenido un sexto sentido que le advierte, con mucha antelación, de cualquier peligro.

6

Henutsen, la primera esposa real y reina madre desde la muerte de Hetep-Heres, sigue viviendo aislada en el palacio sin intervenir en la corte para nada, salvo en los actos oficiales en los que es obligada a acudir por tajantes órdenes del rey Keops. Como cada día, con la simplicidad que le es habitual, abandona el lecho y se dispone a acicalarse. Unas palmadas hacen entrar en tropel a todo un conjunto de muchachas que la van a ayudar en una, tan inútil como innecesaria, sesión de embellecimiento. Hace semanas que el rey no viene a verla y, si ocasionalmente lo hace, siempre es de noche y con el único objetivo de pasar la noche con ella.

Mas a la reina madre no le preocupa nada desde hace tiempo. Tiene todo lo que desea. Con dos hijos vivos de Keops y uno muerto hace tiempo, nadie puede discutirle su situación de reina madre. Está segura de que sus hijos serán reyes, si sobreviven a las vicisitudes de la vida en el palacio.

Henutsen carece de ambiciones. Sin embargo, su familia es ambiciosa e influyente. Y a ella se han unido otras familias de diversos nomos del país. Las ambiciosas familias de varias provincias han jugado fuerte apostando por el clan de Henutsen. Todo ello se ha convertido en un problema que preocupa al rey. Con frecuencia, le llegan noticias de las maniobras del clan de Henutsen que mantiene una constante lucha con la familia de la que fuera su segunda esposa. Aunque esta murió hace años, ha dejado un hijo y una hija cuyo parto le costó la vida. El niño ha crecido y, por su inteligencia y voluntad, destaca entre los demás príncipes herederos.

La reina madre confía en su familia para el futuro. Hace tiempo que ha aceptado que no tiene dotes para casi nada y que, si ella no estorba, su hijo tendrá un mejor futuro que con su inoperante y, habitual, errónea ayuda. Ella, sin más ambiciones, puede disfrutar, sin la molesta presencia del rey en su cama cada noche, de una vida regalada dedicada a sus flores y a sus animales. Hace tiempo que ha aceptado la frialdad y el despego de Keops hacia ella. Sus sueños de adolescente, su amor infantil por el rey, al igual que su juventud, han ido quedando ajados por el paso del cruel tiempo y solo son un recuerdo que la hace bostezar.

Encogiéndose de hombros, abandonándose como cada mañana, se deja hacer por la cuadrilla de muchachas que pugnan por ser vistas y elegidas por la reina, de forma que las haga salir del anonimato de su grupo de peluqueras y camareras. Pero Henutsen es demasiado distraída y fría para hacer un esfuerzo. No sabe sus nombres, ni nunca los aprenderá. Son apenas una molestia ruidosa y bulliciosa que la envuelve cada mañana en un rato que precede al copioso desayuno de fruta, dátiles con miel, leche de onagra y pan con especias.

Las muchachas le desenredan el pelo con bastos peines de marfil de gruesas púas, mientras otras muchachas sostienen grandes espejos, de pulido y bruñido cobre, que le devuelven varias imágenes amarillentas y deformadas de sí misma. Es lavada y perfumada con lo

extraído de diferentes tarros de piedra arenisca, alabastro y exornadas paletas de pizarra. Le presentan la ropa y señalando sin mirar elige el kalasiri que le pondrán. Hace tiempo que la belleza, su hermosura, no le preocupa.

—¡Ya está bien! —Indica cuando su paciencia se ha colmado—.
¡Volved mañana!

Y sentándose, hace un gesto y los dos perros de lanas, que permanecen observándola, se lanzan a la carrera y se suben a su regazo.

—¿Qué tal mis niños? ¿Habéis sido buenos?

Y los dos canes, se acurrucan entre sus brazos buscando unas caricias que, como cada día les prodiga su dueña.

Mirando el brillante azul del cielo, queda ensimismada en sus tristes y melancólicos pensamientos, reviviendo una vida que le ha defraudado. Rememora sus tiempos de joven, cuando solo el amor por el príncipe Keops ocupaba su vida. Sus celos de Nefertkau, más agresiva y con más derechos que ella para unirse a Keops, ahora le causan una sonrisa que apenas se dibuja en su rostro. Comprende que el tiempo, el cruel tiempo, le ha llevado a la situación de soledad que vive. Y su mente se dispersa en una serie de pensamientos inconexos de los planes que antaño, cuando aún tenía esperanzas de recuperar al rey...

«...me sentía solitaria, engañada. Keops, cuando ocasionalmente viene a mi lecho, tiene hacia mí todo, menos cariño y ternura. Ya no me besa cuando hace el amor. Simplemente se apareja sin más sentimiento que el egoísmo de sentir su placer, pero no de causar en mí un efecto similar. Que poco nos conocen los hombres. Para ellos el amor es un acto de unión física, mientras que para nosotras eso solo es una pequeña parte de lo que nos gusta, de lo que deseamos. La compañía, la ternura, el hablar durante un rato abriendo el corazón, para ellos carece de importancia...»

Henutsen se acomoda y acaricia a los perros que dormitan en su regazo. Los dos gruñen quedamente de placer y se giran presentando la tripa para que les acaricien en ella. Henutsen, distraída, los acaricia mecánicamente mientras su mente la traslada a mucho tiempo después, cuando las ocasionales visitas se han ido ampliando y ella está empezando a sentirse tan solitaria, que busca un refugio en el que vivir aislada...

«...y le he dado cuatro hijos, con los que pensaba que se sentiría unido a mí pero... nada ha cambiado. Solo viene a mi cama cuando el deseo de cambiar de mujer, le hace acudir, como si fuera una novedad. Y yo que pensaba que mi problema era Nefertkau. Y ella es tan desgraciada como yo y no recibe mejor trato.

Es curioso que, nuestros desprecios fueran para Meritites y Nubet, que considerábamos unas concubinas. Y son ellas las que se han hecho dueñas de su corazón. Y ambas, unidas y amigas, lo comparten como si solo existieran ellas...»

Y durante unos instantes, pasa la mano por los ojos para enjuagar unas lágrimas que resbalan por las mejillas...

«...nunca he podido ser feliz. Solo apenas unas horas cuando nos unimos, y apenas unos años cuando la ilusión de obtener su amor era todavía un dulce sueño. Luego, la triste realidad de una soledad envuelta en el oro de ser la Reina, dejó de ser algo que mereciera la pena. Lo habría cambiado todo, por ser solo la esposa de él como un simple hombre. ¿De qué me sirve ser la Reina? Veo, cada día, a mis alrededores, la felicidad de mis damas. Muchas de ellas unidas a hombres que no son nada... Pero ellas son felices... Lo leo en las estrellitas que brillan en sus ojos y en sus bocas, siempre sonrientes y satisfechas. Y yo, solitaria, melancólica y amargada. Siempre esperando una caricia, una palabra, un gesto cariñoso, que nunca llegaran...»

Y de nuevo, se agita en su asiento mientras sus ojos, cerrados, una vez más en un sueño que el tiempo ha despojado de posibilidades. Su mente, agitada, permanece, un día más, dando vueltas y repasando unas vivencias que, no por pasadas, se el antojan menos reales.

«...¿y qué hice ante la realidad de un abandono cada día más manifiesto? Empezar a llenar mi vida con otras cosas que me llenaran el alma. Me refugié en mí misma. Me escondí en estas habitaciones donde discurre desde entonces casi toda mi vida. Tendría que haber luchado. Ir por él...»

Con un gesto violento, que hace rebullir a los perros en su falda, se agita contrariada antes de entrar de nuevo en su ensueño cotidiano.

«...eso hizo Nefertkau. ¿Y de qué le sirvió, si tampoco consiguió nada? Los hombres son tan difíciles para mantener un amor de por vida... Y las mujeres somos tan tontas al ser tan fieles y entregadas.

Siempre esperé de él un poco de ternura, pero no he conseguido más que explicaciones por sus ausencias. Y una explicación no es nunca un mensaje de esperanza.

Quisiera dar cabida en mi alma a una serenidad, que no llega. Desearía un equilibrio que me permitiera vivir en esta melancolía que me embarga. Pero ni llega la serenidad, ni consigo alcanzar un equilibrio. Mis sentimientos me roban el presente y mis preocupaciones y deseos me están quitando el futuro. Y ambos, el hoy y el mañana, que no son como quisiera, son todo lo que tengo.

Me encuentro tan vacía, tan vulnerable, que creo que nunca llegaré a estar llena y con defensas. ¡Qué engaño nacer princesa, tener esperanzas, soñar con lo que te hacen creer que te mereces, para solo encontrar el vacío de la nada...!

Quizá, más adelante, pueda sentir lo que ahora no siento. Tal vez, con el tiempo, pueda sentir que sentí, lo que ahora no siento...»

Y, como en cada jornada, amargada, se levanta. E inicia un ritual que le llevará por los jardines hablando y acariciando a toda una serie de animales y vegetales en los que ha depositado los restos de la ternura que todavía el tiempo no ha podido anular.

7

Humupep despierta muy temprano. Apenas alborea cuando ya ha ingerido unos dátiles, tiras de carne secas al sol, pan de comino y unos largos tragos de agua. Mientras lo hace observa como las estrellas se apagan, una a una, en un cambio que va dejando el cielo huérfano de brillantes puntitos de luz.

De inmediato se pone en camino. Con las primeras horas del amanecer puede contemplar la ingente obra que ya, al alcance de la mano, tiene delante. El ingente montón de ordenadas piedras, que se elevan hacia el cielo azul, rompen el paisaje con sus bien colocadas hileras de piedras perfectamente alineadas unas al lado de las otras.

El sirio se detiene anonadado por un espectáculo que nunca ha visto. Recorre con la vista la enorme extensión que se está cubriendo con grandes bloques perfectamente cortados. En un rápido cálculo

estima que la altura de cada una es muy superior al codo usado por los egipcios. Y, con paciencia cuenta las que ya están colocadas.

—Cuarenta —se dice hablando consigo mismo—. Cada una más de un codo, son al menos otros tantos codos. Y no es sino el principio de lo que se va a hacer.

Avanzando se imagina nuevas hiladas encima de las que ya hay, continuando el ángulo de las esquinas, y puede ver con la imaginación la altura que alcanzarán. Es una altura desmedida para lo que está acostumbrado a ver. Y de inmediato una cifra le viene a la boca:

—Va a subir más de doscientos ochenta y cinco codos. ¡No es posible! Serán muchos años más de un trabajo inacabable.

Mas Humu pep es un hombre positivo y, con rapidez, aleja la primera impresión de imposibilidad. Hace tiempo que sabe que todo lo que uno se propone se consigue, al menos si lo que se desea es medianamente sensato. Ha oído hablar de otras construcciones similares, ya terminadas. Por tanto esta obra también se terminará. Las otras debe verlas.

—Tienes tiempo para hacerlo. Por lo tanto lo harás —se dice continuando con su costumbre de hablar en voz alta, para poderse escuchar como un refuerzo de su pensamiento.

Y avanzando alcanza la base de la pirámide, observa el perfecto ensamble de unos bloques con otros. Todavía no se ha empezado a trabajar, pues apenas ha amanecido. Tiene curiosidad por ver el modo con el que los grandes bloques, que se acumulan en la periferia de la base, son elevados y colocados en su sitio. Puede observar que los bloques están ya tallados en tamaños similares y colocados sobre narrias con los que han sido transportados hasta donde esperan el postrero movimiento

—Y el más difícil —añade en voz alta.

El sonido de numerosos golpes sobre los diversos gongos de cobre, convierten la zona en un maremagno de personas que avanzan sobre la obra desde el cercano y enorme poblado. El sol, un sol que despunta en el horizonte y empieza a llenar todo de luz y de alargadas sombras, riega la meseta con sus amarillentos rayos anunciando otro día de calor insoportable. Ni una nube se puede observar en el cielo. Solo un, aún oscuro, azul que se aclara por momentos.

Poco después se inicia el trabajo. Todo se realiza por cuadrillas de obreros. Son grupos de más de una veintena de personas que realizan

los movimientos en perfecta conjunción y una gran eficacia. Cada grupo se encuentra en conexión con otro similar situado más alto. Lentamente, con seguridad, los bloques son empujados con palancas y arrastrados al mismo tiempo. Otros van siendo elevados por largas rampas de arena y cascotes cubiertas de arcilla que humedecen de continuo y por las que se deslizan con cierta facilidad las narrias, los enormes trineos que transportan el bloque.

Humupep observa en silencio. La organización es perfecta. Cada obrero tiene un sitio de trabajo y una función a cumplir. Una vez que la hace, vuelve a su punto de partida para volver a hacer lo mismo con el siguiente bloque. Centenares de auxiliares llevan agua, reponen cuerdas e instrumentos de piedra y cobre para el ajuste en las zonas altas.

—¡He, tú! ¿Quién eres? ¿Dónde trabajas? —interpela un capataz apuntándolo con un dedo mientras se encamina hacia él.

Sorprendido, pues no le ha visto llegar, se vuelve en su dirección y avanza acortando la distancia.

—Solo miro. No trabajo aquí.

—¿Quieres trabajar? Siempre hacen falta más manos...

—No, me basta con ver. ¿Estorbo aquí?

El capataz se marcha sin contestar. El sirio continúa moviéndose y observando cada detalle. Sus manos van tocando la superficie de las piedras para comprobar el terminado final, el trenzado de las cuerdas de cáñamo y su grosor, la fortaleza del encaje de las maderas de las narrias y docenas de detalles más que le llaman la atención.

—¿Quieres agua? —una joven muchacha, portando una gran vasija le habla directamente. En su mano lleva varias tazas de barro cocido que le tiende para que coja la primera.

—No trabajo aquí —responde.

—No importa. La sed es para todos. ¿Mas si no quieres?

—Si, dame agua. La beberé con mucho placer. Apenas ha amanecido, pero ya hace calor.

—¿Calor? Dentro de un rato empezará a hacer calor. Por ahora todavía queda parte del fresco de la noche.

Humupep bebe con fruición una buena taza de agua y repite con otra.

—Gracias muchacha.

—Cuando tengas sed, siempre habrá cerca una de nosotras con agua. Solo tienes que pedirla.

El sirio hace un gesto de agradecimiento y se vuelve hacia la dirección en la que un clamor se intensifica por momentos. Observa que los obreros paran en el trabajo y se encaraman a los puntos altos para ver algo que todavía no consigue ver. Todos gritan algo que no entiende. La muchacha no se ha alejado mucho por lo que la interpela.

—Muchacha. ¿Qué pasa?

—¿De dónde eres que no sabes nada? Es el rey que llegó ayer y viene a ver su «Casa del Más Allá».

Le hace un claro gesto de agradecimiento y se encamina despaciosamente en dirección a la zona de donde proviene el mayor rumor, mientras piensa que va a tener ocasión de ver al rey mucho antes de lo que esperaba. La base de la pirámide ha quedado libre de personas y solo él no se ha subido a las primeras hileras.

Una pequeña y desnutrida comitiva avanza en su dirección. Puede observar que varios negros, de gran tamaño, rodean al grupo y uno de ellos se ha fijado en su presencia y se dirige directo hacia él. Al cabo llega a su lado y le increpa.

—Sube como todos a la pirámide y deja esta zona libre. Va a pasar el rey.

—No soy un obrero. Solo estoy mirando.

—Aléjate hacia un lado o hacia el otro. Por donde estás va a pasar el rey.

—Lo haré —acepta y se encamina hacia la pirámide para subir varias hiladas.

Momentos después, el grupo pasa a escasa distancia de donde se encuentra. El rey, escasamente adornado con sus atributos reales, parece muy interesado en lo que ve y le explican varias personas que le acompañan. Por unos instantes, la mirada del rey se clava en la suya y ambos la mantienen sin pestañear. Humupeg observa el fruncimiento de cejas del rey y comprende que le extraña su conducta. De inmediato el rey se vuelve hacia uno de los presentes y habla con él al tiempo que le señala con el dedo de forma manifiesta.

Humupeg comprende que ha cometido una impertinencia y ha irritado al rey. Del grupo sale el que ha hablado con el rey y se dirige directamente hacia él. Conforme se acerca comprende que es Aberkare, por la descripción que le hiciera Merib. Y se adelanta hacia él, bajando las tres hiladas en las que se ha encaramado. Cuando están enfrentados, es interpelado con mucha tranquilidad:

—¿Quién eres y cómo te atreves a sostener la mirada del rey?

—¿Te llamas Aberkare?

Este le mira sorprendido por unos instantes.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy amigo de Merib y traigo un papiro de presentación para ti. Espero verte en el palacio desde hace unos días.

—¿Tienes encima el papiro?

—Sí. ¿Lo quieres?

—Dámelo. Quiero verlo.

Humupep lo saca de la bolsa que lleva en la espalda y se lo alarga. Aberkare comprueba el sello y rompe la cinta de lino azul que lo mantiene enrollado. En unos instantes lee lo que contiene y mira a los ojos al portador de la misiva.

—¿Eres sirio?

—Sí, hijo de egipcio y madre siria.

—¿Qué vienes a hacer a Kemi?

—Quiero aprender cuanto me sea posible.

—¡Eres un espía de los sirios, está claro! —Indica tajante el marino.

—¿Qué es lo que puedo espiar? —Responde entre risas el sirio. Como has leído, soy médico, estudioso de todo lo que ocurre, observador de la naturaleza y del comportamiento de los humanos. Y sé de ti todo lo que me contó Merib y no me engañas.

Aberkare rompe a reír imitando al sirio. Ha tratado de asustarlo para reconocer su carácter y personalidad. Sin embargo, ha podido comprobar que no se amilana por nada y comprende lo que le dice Merib sobre él en el mensaje que le ha entregado.

—Eres un hombre muy válido. Ven, incorpórate al séquito del rey. Cuando pueda te presentaré. Pero no le mires a los ojos como has hecho. Le ha llamado la atención tu descortesía.

—No era mi intención ofenderle. Siempre he pensado que cuando dos personas se sostienen la mirada es que ambos son, al menos en apariencia, más nobles que los incapaces de hacerlo.

—Puedo asegurarte que el rey es mucho más que noble pues, como sabrás, es dios además de hombre.

Humupep solo alza las cejas, por un instante, antes de hacer un signo de aquiescencia con la cabeza y sigue a su anfitrión que se está incorporando al grupo en el que va el rey. Mientras lo hace puede

observar que Keops no les ha perdido de vista a los dos mientras hablaban y observa, con curiosidad no disimulada, como Aberkare trae al desconocido.

Todo el grupo, en medio de los vítores y saludos de los obreros, dan la vuelta a la pirámide y suben a lo más alto por una de las rampas. Keops lo observa todo y hace preguntas a Ankh-Haf que hace de cicerone. A su lado Jetep permanece callado y solo responde cuando el rey le pregunta directamente. El sirio, desde detrás, acompañado por Aberkare que no se separa de él, observa todo con ojos críticos, pero sin hacer preguntas. Son varias horas de recorridos y comprobaciones antes de que el grupo que acompaña al rey se encamine hacia la pequeña ciudad de las personas importantes.

—Te espero fuera hasta que puedas salir —indica prudentemente Humu pep.

—Tú entras conmigo o todavía no has valorado quien eres.

—Y... ¿Quién soy?

Aberkare no contesta y le cede el paso para que penetre delante de él. Los medjays cierran la puerta y quedan dos de ellos en el exterior. Todo el grupo se dirige hacia la casa más grande y en la que campea en la fachada el cartucho del rey. Son apenas una docena de personas que penetran en la sala que hay en la planta baja. Keops, de inmediato se vuelve, mira a los ojos de nuevo al sirio, que, de nuevo, desafiante se la sostiene y espeta con claridad:

—Aberkare, acércate con tu nuevo y desafiante amigo. Quiero conocerlo.

Ambos se acercan al rey y Humu pep, se arrodilla y baja la cabeza en señal de sumisión y permanece así hasta que el rey le indica que se alce.

—Conoces el protocolo por lo que veo. ¿No sabes que mirarme te puede costar la vida?

—Majestad, solo si fuerais un rey cruel y quisierais fulminarme con vuestro poder. Sin embargo sé, vuestra fama ha llegado hasta mis lejanas tierras, que sois un dios misericordioso y un hombre que solamente hace el bien a los demás.

—No se puede creer lo que se dice. Casi siempre lo que se cuenta, los rumores, son falsos.

—Sí Majestad, eso cierto, y esa es mi opinión cuando hablan mal de alguien. Sin embargo, cuando se habla bien, poco común por

demás, la cosa cambia un poco. Puede ser falso, pero pocos se molestan en hablar bien. Es más difícil hacerlo y que alguien se lo merezca.

Keops contempla en silencio a un interlocutor que le responde de inmediato con todo respeto, de forma tajante y seguro de sí mismo.

—Aberkare. ¿Quién es?

—Señor, es amigo de Merib. Y lo envía para que se ponga en contacto con vos por si puede seros útil. Traía un mensaje. Es este señor.

Keops lo coge y lo lee rápidamente. Durante unos instantes permanece silencioso mientras mira al recién conocido con manifiesta curiosidad.

—¿Qué deseáis de mí?

—Nada señor. Venía a Kemi a aprender. Pero Merib alteró mis planes. Yo solo quiero saber más, cada día un poco más. Y con eso ir llenando el mar de dudas y preguntas que desde niño inundan de interrogaciones mi cabeza.

—¿Deseas un buen cargo en la corte?

—¡Oh, no, señor! La sabiduría no se compra con oro. Solo viajando, observando, mirando, leyendo y hablando se aprende.

—Pero el oro da poder. —Indica el rey en un duelo verbal al que todos asisten en silencio.

—El conocimiento sí concede poder, pues él mismo es poder. Sin embargo, yo solo deseo el conocimiento y no el poder.

—Mas debías saber que el poder se tiene o se recibe, de otro modo nunca se posee.

—Vos lo tenéis majestad, pues lo habéis recibido. Yo no deseo el poder pues el poder te ata a algo que es donde se ejerce ese poder. Yo quiero estar libre para viajar y aprender.

—Los que tienen poder son más importantes —asevera.

—Con la excepción de los dioses, como vos, Majestad. Creo sinceramente que «nadie es más que nadie, ni tampoco menos».

—Te estoy ofreciendo poder y oro. ¿No te interesa?

—Señor, de nada sirve dar si la otra parte no quiere recibir.

Keops se encoje de hombros de forma manifiesta antes de hacer la que, claramente, va a ser la postrera pregunta:

—¿Qué deseáis a mi lado que pueda daros que no sea oro o poder?

—Un tabuco con una cama, una mesa y luz para poder leer. Solo deseo, lo digo una vez más, aprender. Si me dais permiso para visitar

los templos y hablar con los sacerdotes, me doy por más que satisfecho, Majestad.

—¿No comes?

Humupep no puede por menos que soltar una carcajada que se le escapa y que trata de retener.

—Perdón Majestad. No era mi intención reírme de lo que habéis dicho. Para mí la comida en Kemi no es un problema. Un poco de pan o cerveza es suficiente para sobrevivir. Con lo que poseo, podría comer durante muchos años.

—Aberkare, ocúpate de todo. Es desde este momento uno de mis consejeros y tendrá permiso para aprender lo que quiera, cuando pueda y en el lugar que desee, siempre que yo no lo necesite.

—Muchas gracias, Majestad. —Indica el sirio.

—No creas que lo que te concedo no te obligará a trabajar a mi lado. Aprenderás no poco, pero lo tendrás que sudar.

Humupep va a contestar, mas pensándolo bien, se domina y, solamente, hace un gesto de agradecimiento acompañando a una profunda venia con la cabeza.

Keops pone cara de decepción al no obtener respuesta de su última frase. Los que le conocen bien han podido observar que el rey se ha comportado, ante el factor externo que se ha presentado súbitamente, del modo que lo hacía antaño. Esa combatividad que tenía y que hace años no afloraba, ha hecho un asome que ha alegrado a los presentes. Son conscientes que el recién aparecido es capaz de actuar como revulsivo sobre el apático rey.

Y por ello, todos lo acogen y hablan con él pues puede ayudarles en la subterránea lucha que llevan tratando de conseguir para que Keops vuelva a ser lo que siempre fue. Humupep ante la buena acogida y las terminantes órdenes del rey, pasa la noche en uno de los edificios cercanos al que ocupa el rey en solitario. Al amanecer, todo el grupo abandona Gizeh en dirección a Menfis. Entre ellos el sirio camina alternando en las conversaciones con arquitectos y secretarios. Cuando más tranquilo se encuentra, un medjay se le acerca y le indica.

—Señor, ¿sois Humupep?

—Sí, así me llaman. ¿Qué deseáis? —inquire aunque sabe sobradamente que es el rey el que le llama.

—El rey quiere hablar con vos. ¡Ahora!

—Voy de inmediato a su lado.

Y acelerando un poco el paso, se adelanta hasta colocarse al lado de las andas en las que es transportado el rey

–Majestad, aquí me tenéis a vuestra disposición.

–Quiero teneros siempre cerca en el palacio. Creo que sois una personalidad interesante y deseo que me transmitáis vuestras experiencias.

–Lo haré muy a gusto, Majestad.

–¿Habéis viajado mucho?

–Sí, es cierto Majestad. Conozco lugares que pocas personas han visto. Llevo años caminando, navegando y visitando sitios de los que no hay ni noticias de su existencia.

–¿Dónde?

–He ido hacia el lugar donde se pone el sol desde mi patria. Y nunca he podido encontrar el final. Grandes ríos, que hay que cruzar como se puede, altas montañas, con las cumbres cubiertas de agua sólida, blanca y fría. He penetrado en bosques en los que los árboles no dejaban pasar la luz del sol. . .

El rey le escucha y le interrumpe con preguntas que cortan el hilo de la conversación. Con sus interrogaciones trata de saber más sobre su vida anterior en el país de nacimiento y, sobre todo, de las cosas y lugares que ha visitado a lo largo de su peregrinaje por unos mundos que el rey no conoce, ni cree que podrá llegar a conocer. El sirio se muestra extrovertido como siempre lo ha sido. Cuenta, ininterrumpidamente, cosas de su vida y de los viajes que ha realizado que, por momentos, interesan más y más al rey.

Keops le escucha, cuando no le hace preguntas, en silencio, con manifiesto interés. Finalmente le indica a modo de despedida:

–Habla en el palacio en los días venideros. Deseo tenerte siempre cerca. Ahora puedes irte con los demás. Andar y hablar mirándome por este terreno no es fácil, podrías caerte.

–Como digáis Majestad.

Y Humupez hace una profunda venia y retrasa el paso hasta ser alcanzado por el grupo que le sigue. Los que lo forman, de inmediato, inquietan sobre su conversación con el rey. Están viendo que Keops, por fin, está saliendo del pozo en el que lleva varios años hundido. Y son conscientes, por momentos, que es el recién llegado el mayor desencadenante de la nueva y halagüeña situación.

8

Las dos esposas secundarias de Keops, como cada día, se reúnen en los jardines del palacio mientras los príncipes aprenden en la «Casa de la Vida» del palacio. Con los hijos adolescentes y una amistad que las ha unido desde los primeros momentos de conocerse, ambas han hecho un frente común contra las asechanzas de las familias de la primera esposa actual Henutsen y de la fallecida Nefertkau.

—¿Sabes algo de Keops? —Inquiere Nubet que siempre se encuentra menos informada que Meritites.

—No, no hay noticias desde que se fuera a Gizeh. Aunque no creo que tarde en venir, hace demasiado calor y cada vez lo soporta peor.

—Si solo fuera el calor. Lleva unos pocos años que no parece el que era. No sé que podríamos hacer para animarlo un poco.

—Yo —indica Meritites—le doy todo el cariño que necesita. Le escucho y trato de hacerle hablar, le provoco para que haga el amor, pero..., de lo que era, parece no quedar casi nada.

—Lo mismo hago. Uso todos mis atractivos para excitarlo, atraerlo, hacer que pase la noche conmigo y me ame varias veces como antaño: solo en ocasiones consigo que haga el amor una vez.

—Sí, y no es porque exista otra u otras mujeres en su vida. Con Henutsen casi no tiene contacto por lo que sé. Con nosotras se relaciona un poco, como ambas sabemos. Ha cambiado, y mucho además.

—Así es, pero... ¿Qué podemos hacer? —indica Nubet.

—Nada que no hayamos hecho. Ya probé con los filtros de amor, he puesto talismanes en su habitación y los tengo en la mía para cuando viene. Le he regalado, y lo lleva puesto, un amuleto con las diosas del amor: Bastet, Isis y el enano Bes. Y sé que lleva por parte tuya una imagen de Hat-Hor y una imagen de la diosa Libia del amor marital y de la salud. ¿No es así?

—Sí, así es y, a pesar de todos los poderes juntos de tantos amuletos, el rey no ha cambiado. Es como si estuviera enfermo. Ya no sé que más podríamos hacer para que recuperara sus energías y su alegría de vivir.

—Debemos llevar más regalos a los dioses para conseguir su favor. He encargado estatuas de esas divinidades para entregarlas en el templo y que nos concedan sus favores sobre el rey.

Nubet que ha escuchado a Meritites con cierto escepticismo queda silenciosa. Al ser de origen libio, su mentalidad con respecto a los dioses egipcios, y sus posibles intervenciones en las cosas mundanas, es otra. Consciente de no desentonar con el ambiente y las creencias que le rodean, acepta las indicaciones de su amiga y colabora en lo que ella considera oportuno.

La llegada de un adolescente las distrae a ambas.

—¿Te has escapado?

—No. Baka me ha pegado cuando estaba distraído.

Nubet queda seria y pensativa; sus dos hijos siempre están discutiendo. Y desde hace unos meses empiezan a ser más que palabras. No sabe qué podrá hacer con ellos. Se lo ha indicado al rey, el padre de ambos y este se ha encogido de hombros al tiempo, recuerda, que respondió: «Es cosa de hombres. Bueno es que aprendan a defenderse. Les hará falta en el futuro». Sin embargo, la princesa libia, y tercera esposa del rey, no comparte el criterio de este. Él no vive el cotidiano vapuleo al que se someten ambos hermanos, ni sabe nada de las constantes peleas con los príncipes de las otras esposas del rey. Empieza a estar cansada de restañar heridas y ver durante días labios rotos y ojos oscuros.

—Si te ha pegado será, como siempre, porque le has hecho algo, ¿no es así Djedefre?

—¡No! Es porque me odia. Siempre me ha odiado.

Meritites permanece callada. Sus hijos Kawab y Hordjedef, de edades similares a los de Nubet, también discuten y pelean con frecuencia, dando lugar a situaciones similares.

—Vuelve a la Casa de la vida. Ya me ocuparé a la tarde de castigar a Baka.

—Sí. Pero un buen castigo, que se acuerde de él mucho tiempo —indica satisfecho al tiempo que se aleja hacia el otro lado del palacio.

Las dos mujeres se miran por unos momentos con un mutuo gesto de comprensión. Meritites rompe el silencio:

—Me preocupa. Igual que a ti, la violencia que hay entre los príncipes. Se odian entre ellos. Y ese odio, y sobre todo las motivaciones, están dando lugar a que se pelen hasta entre los hermanos.

—Y eso ahora que son unos niños. Me preocupa mucho más el futuro. Si ahora se pelean, dentro de unos años se matarán.

—¡Qué exagerada eres, Nubet!

—No creo que exagere. Ser rey hará que se produzcan serios enfrentamientos.

—No. Keops en breve señalará al que quiere que le suceda y dará tierra y ordenes para que se hagan tumbas para los no desea que lleguen a rey. Eso les indicará que deben abstenerse de toda maniobra con el que él señale.

—Eres muy ingenua, Meritites. Eso señalará al futuro rey de manera clara y los demás se unirán contra él.

—Estoy segura que no. —Indica pensativa Meritites— Si algo tengo claro es que nunca se pondrán de acuerdo los príncipes. Y menos lo harán sus familias para ofrecer resistencia al elegido o atentar contra uno de ellos.

—No comparto tu idea; el tiempo lo dirá. Lo que sé, me lo han dicho mis hijos, es que en la familia de Henutsen tienen otras ideas. A los príncipes Minkaf y Khufu-Khaf les preparan para ser astutos y violentos. Al mismo tiempo les indican que ellos son los únicos que tienen derechos a la sucesión y ellos se lo dicen a los otros y les amenazan con lo que harán cuando lleguen al poder.

—Mis hijos no me han dicho nada de eso.

—Pregúntales sobre ello. Y ya me dirás. —Indica Nubet al tiempo que encogiéndose de hombros arranca unas ramas amarillentas y secas de una gran planta de adelfa que rodea una alta palmera y que tiene al lado del banco de piedra en el que están sentadas.

Las dos mujeres se alzan e inician, como cada día, un paseo que les llevará hasta el puerto que queda dentro del palacio.

—¿Te acuerdas de los paseos al atardecer con la Reina Hetep-Heres? —Indica súbitamente Nubet.

—Cómo no voy a recordarlo. Fue una época feliz. Keops nos amaba a las dos y repartía su tiempo entre tu lecho y el mío. Y ambas éramos amigas y no sentíamos celos. Solo queríamos su felicidad.

—Sí, es cierto, el tiempo lo ha alterado todo. La reina murió. Robaron su tumba...

—No lo cuentes otra vez, ya sabemos las causas, ahora debemos encontrar un modo de resolverlo.

—Piensa en algo. Yo lo hago cada día.

—Y yo, pero no se me ocurre nada.

Ambas son demasiado soñadoras para aceptar la realidad. Una certeza que no quieren ver. Y sin embargo, son conscientes que el tiempo en su devenir, en su continuo e inexorable camino hacia adelante, lo ha ido alterando todo. Sin embargo, pragmáticas, han aceptado lo que la vida les ofrece y la gozan dentro de los límites que ella les ofrece sin tratar de cambiar lo inalterable.

Y las dos empiezan a ver el puerto interior que han terminado de construir hace varios años y en el que el gran tamalego del rey y la nave que fue de su madre, la reina Hetep-Heres, permanecen amarrados.

—Ahí tienes la nave de Hetep-Heres pudriéndose y no podemos hacer nada pues Henutsen, la reina madre, no la usa para nada.

—Se la podíamos pedir, quizás nos la deje para salir a pasear por las tardes. —Indica Nubet.

—Ya lo hice hace tiempo. Y después he vuelto a pedírsela otra vez.

—¿Y qué te ha dicho?

—No me contesta. Habla de otra cosa.

—Mira la tonta. Para fastidiar si que es lista.

—Nunca la he considerado tonta. Sabe que el rey no la quiere..., salvo para tener hijos. Se ha acostumbrado a ello y vive una vida extraña, solitaria. Ni siquiera nos odia a ti y a mí. Y sabe que el rey sí nos ama a nosotras, mas no le importa.

—Podía dejarnos la nave.

—Es uno de los símbolos de su poder y nunca lo hará.

—Le pediré a Keops que nos proporcione un barco para las dos. Uno solo. Aunque no sea muy grande —Indica Nubet— Yo creo que nos lo dará si ambas lo hacemos. ¿Te parece?

—Sí, lo haré. Sería estupendo salir cada tarde, al ponerse el sol a dar un paseo por el río.

—Y podríamos invitar al rey alguna tarde. Recuerda como disfrutaba cuando salíamos hace tiempo...

Y las dos mujeres, mientras pasean, fantasean y recuerdan el pasado con una extraña mezcla de sensaciones. Ambas entienden que lo que desean solo son unos recuerdos que saben, con añoranza, que no podrán volver atrás. Desde hace tiempo, y no sin dolor, aceptan que aunque las vivencias pasadas fueron buenas, solo lo fueron mientras se vivieron. Y saben, y admiten con amargura, que no es posible cambiar el presente por un pasado perdido en las arenas del tiempo.